

Ryszard Kapuściński

El Emperador

Traducción de Agata Orzeszek
y Roberto Mansberger Amorós



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

FE 1 - INT. de Periodismo - 32 copias - 27/10/08

5



supergallina, que cose a picotazos a las demás; luego vienen las que ocupan lugares intermedios en la jerarquía, las cuales, a su vez, picotean a las de rango inferior sin, por eso, dejar de respetar a las de arriba. Finalmente está la gallinacenicenta, que debe ceder ante todas.

(ADOLF REMANE: *Formas típicas de comportamiento en los vertebrados*)

El hombre se acostumbra a todo, siempre y cuando alcance el apropiado grado de sumisión.

(C. G. JUNG)

El DELPHINUS, cuando quiere dormir, flota en la superficie del agua; una vez dormido, empieza a caer suavemente hasta el fondo del mar, donde se despierta al sentir el golpe de su propio cuerpo contra las rocas; cuando esto se produce, vuelve a subir hasta la superficie del agua; una vez allí, vuelve a dormirse para emprender de nuevo su descenso hasta el fondo, donde volverá a despertar, y así, flotando de arriba abajo y de abajo arriba, descansa en continuo movimiento.

(BENEDYKT CHMIELOWSKI: *La nueva Atenas o la Academia Scientiae plena*)

Cada noche me dedicaba a escuchar a los que habían conocido la corte del Emperador. En un tiempo habían sido hombres de palacio o al menos disfrutaban del derecho a acceder a él libremente. No han quedado muchos. Parte de ellos fueron fusilados. Otros huyeron al extranjero o permanecen encarcelados en las mazmorras de ese mismo palacio: arrojados de los salones a los sótanos. Entre mis interlocutores también había algunos de los que se esconden en las montañas o viven, disfrazados de monjes, en monasterios. Todos intentan sobrevivir; cada uno a su manera, según los medios a su alcance. Tan sólo un puñado de esa gente se ha quedado en Addis Abeba, donde -paradójicamente- resulta más fácil que en ninguna otra parte burlar la vigilancia de las autoridades.

Los visitaba al caer la noche y para ello tenía que cambiar de coche y de disfraz varias veces. Los etíopes, que son muy desconfiados, no querían creer en la sinceridad de mis intenciones: tratar de encontrar el mundo barrido por las ametralladoras de la IV División.

Estas ametralladoras están montadas en el asiento contiguo al del conductor, en jeeps de fabricación norteamericana. Son

manejadas por tiradores cuya profesión consiste en matar. En la parte trasera del vehículo se sienta un soldado que recibe órdenes a través de una radioemisora móvil. Como el jeep está descubierto, el conductor, el tirador y el radiotelegrafista, para protegerse del polvo, llevan gafas negras de motorista, que el ala del casco oculta en parte. Así que no se les ve los ojos, y sus rostros de ébano, cubiertos por una barba de días, carecen de expresión alguna. Estos tríos están tan acostumbrados a la muerte que los chóferes conducen los jeeps de manera suicida; toman las curvas más cerradas a la máxima velocidad, circulan contra sentido y un vacío se abre a ambos lados a la mera aparición de semejantes cohetes. Más vale apartarse de su campo de tiro. De la emisora que lleva sobre sus rodillas el soldado que ocupa el asiento trasero salen, entre crujidos y chasquidos, voces y gritos nerviosos. Se ignora si alguno de estos roncos balbuceos es una orden de abrir fuego. Más vale desaparecer. Más vale meterse por cualquier calleja lateral y esperar a que pasen.

Ahora yo me adentraba por unos callejones estrechos, sinuosos y llenos de barro que debían conducirme hasta unas casas que daban la impresión de estar abandonadas; parecía que nadie viviera en su interior. Tenía miedo: aquellas casas estaban vigiladas, y en cualquier momento podían atraparme junto con sus moradores. El peligro era, y sigue siendo, real pues a menudo son «peinadas» zonas de la ciudad, a veces incluso barrios enteros, en busca de armas, octavillas subversivas y hombres del antiguo régimen. Ahora todas las casas se espían mutuamente, se fisgan, se olfatean. Es una guerra civil con todas sus apariencias. Me siento junto a la ventana y en seguida oigo: cambie de lugar, se le ve desde la calle, resulta fácil apuntar hacia usted. Un coche pasa, se detiene, se oyen tiros. ¿Quién habrá sido?, ¿ellos o los otros? Pero hoy ¿quiénes son

ellos y quiénes son los no ellos?, ¿los otros?, ¿los que están en contra de aquéllos porque están con éstos? El coche se aleja. Ladran perros. En Addis Abeba los perros ladran durante toda la noche; es una ciudad habitada por perros, los de raza y los que se han vuelto salvajes, desgrefiados y comidos por los gusanos y la malaria.

Me repiten innecesariamente que tenga cuidado: nada de direcciones, nada de nombres, ni siquiera la descripción de una cara, si alto, si bajo, si flaco, si la frente, que sus manos, que su mirada, que sus pies, las rodillas, ya no hay ante quién... de rodillas.

F.:

Era un perrito muy pequeño, de raza japonesa. Se llamaba Lulú. Disfrutaba del privilegio de dormir en el lecho imperial. A veces en el curso de alguna ceremonia saltaba de las rodillas del Emperador y se hacía pipí en los zapatos de los dignatarios. A éstos les estaba prohibido mostrar, con una mueca o un gesto, molestia alguna cuando notaban humedecidos los pies. Mis funciones consistían en ir de un dignatario a otro limpiándoles los orines de los zapatos. Para ello utilizaba un trapito de raso. Desempeñé este trabajo durante diez años.

L. C.:

El Emperador dormía en una cama de nogal claro, muy ancha. Era tan menudo y frágil que apenas si se le veía entre las sábanas. Con la vejez se volvió más pequeño; pesaba cincuenta kilos. Comía cada vez menos y nunca tomaba alcohol. Las rodillas se le habían vuelto rígidas, y cuando estaba solo arrastraba los pies y se tambaleaba de un lado a otro como si

caminase sobre zancos; pero cuando se sabía observado obligaba con máximo esfuerzo a sus músculos a mostrarse lo bastante elásticos como para que sus movimientos resultaran dignos y la imperial silueta se mantuviera en una posición lo más vertical posible. Cada paso suponía una lucha entre el arrastrar de pies y la dignidad, entre el tambaleo y la verticalidad. Nunca se olvidaba el Ilustre Señor de este su defecto de anciano que con tanto empeño ocultaba para no debilitar el prestigio y la posición de Rey de Reyes. Sin embargo, nosotros, los sirvientes del dormitorio, que sí podíamos observarlo, sabíamos cuánto esfuerzo le costaba conseguir aquella apariencia. Tenía la costumbre de dormir poco y levantarse temprano, cuando fuera de palacio todavía era de noche. En realidad consideraba el sueño como una obligación inevitable que inútilmente le robaba el tiempo que hubiese preferido destinar a gobernar y representar. El sueño era un intruso privado e íntimo que irrumpía en una vida que debía transcurrir en medio de luces y decorados. Por eso cada vez que se despertaba lo hacía malhumorado, descontento por haber dormido, irritado por el hecho mismo del dormir, y sólo la rutina del resto del día le devolvía el equilibrio interior. No obstante, debo añadir que el Emperador nunca dio la más insignificante muestra de excitación, ira, rabia o descontento. Se diría que desconocía por completo semejantes estados de ánimo, que tenía nervios de acero, fríos y muertos, o que no los tenía en absoluto. Era un rasgo suyo innato que Nuestro Señor supo desarrollar y perfeccionar guiado por el principio de que en política los nervios son signo de debilidad que anima a los adversarios y hace que los súbditos se atrevan a cuchichear y reírse por lo bajo de la imperial figura. Y el Señor sabía que la risa constituía una forma peligrosa de oposición y por eso mantenía su estado psíquico bajo perfecto control. Se levantaba entre las

cuatro o las cinco e incluso las tres de la madrugada cada vez que se disponía a viajar al extranjero. Más tarde, cuando la situación en el país empeoraba de un día para otro, sus viajes se hicieron más y más frecuentes. El palacio entero ya no se ocupaba de otra cosa que de preparar los nuevos desplazamientos del Emperador. Este, al despertarse, lo primero que hacía era pulsar el timbre de su mesilla de noche: toda la servidumbre de guardia se mantenía a la espera de aquel sonsonete. Las luces de palacio se encendían. Era la señal para el Imperio indicando que Su Suprema Majestad había empezado un nuevo día.

Y. M.:

El Emperador daba comienzo a la jornada escuchando denuncias. La noche es tiempo peligroso de conjuras y Haile Selassie sabía que lo que ocurriese de noche era mucho más importante que lo que ocurriese de día; de día podía observar, tenía a todo el mundo bajo control; por la noche tal tarea resultaba imposible. Por tal motivo consideraba de suma importancia las denuncias matutinas. Llegado a este punto quisiera aclarar una cosa: Su Venerable Majestad no tenía costumbre de leer. No existía para él la palabra escrita o impresa; había que informarle de todo oralmente. Nuestro Señor no había ido a la escuela; su único maestro —y, además, tan sólo en la infancia— había sido un jesuita francés, amigo del poeta Arthur Rimbaud, monseñor Jérôme, quien más tarde sería obispo de Harar. Este religioso no había tenido tiempo suficiente para inculcarle al Emperador el hábito de la lectura, tarea tanto más difícil cuanto que Haile Selassie ya desde la más temprana edad había ocupado cargos directivos de responsabilidad y no había tenido tiempo para dedicar a lecturas sistemáticas. Sin

embargo, me parece que en este caso no se trataba únicamente de falta de tiempo y de costumbre. El informarse oralmente tenía una enorme ventaja: si era necesario, el Emperador podía declarar que tal o cual dignatario le había informado de algo muy distinto a lo que realmente había sucedido y aquél no podía defenderse al no disponer de ninguna prueba por escrito. De esta manera, el Emperador recogía de sus súbditos no aquello que ellos le dijeran sino aquello que, según su parecer, debía haberle sido comunicado. El Venerable Señor tenía sus propias ideas y a ellas ajustaba todas las señales que le llegaban del entorno. Lo mismo ocurría con la escritura, pues nuestro monarca no sólo no hacía uso de la habilidad de leer sino que tampoco escribía nada ni firmaba nunca de su puño y letra. A pesar de que venía gobernando desde hacía medio siglo, ni siquiera sus más allegados sabían qué aspecto tenía su firma. Mientras trabajaba, el Emperador siempre tenía a su lado al ministro de la Pluma, el cual apuntaba todas sus órdenes y disposiciones. Aquí debo aclarar que durante las audiencias de trabajo el Insigne Señor hablaba en voz muy baja moviendo apenas los labios. El ministro de la Pluma, que permanecía de pie a la distancia de medio paso del trono, se veía obligado a acercarse lo más posible a la imperial boca para poder oír y apuntar las decisiones que emanaban de ella. Por añadidura, las palabras del Emperador eran por regla general ambiguas y poco claras, sobre todo en casos en los que no quería pronunciarse en un sentido determinado y al mismo tiempo la situación requería que diera su opinión. La habilidad del Monarca en estos casos era admirable. Preguntado por algún dignatario por la imperial decisión, no le contestaba directamente sino que se ponía a hablar en voz tan baja que ésta tan sólo llegaba al oído del ministro de la Pluma, pegado a los labios imperiales como un micrófono. Iba este funcionario apuntando los es-

casos e incomprensibles gruñidos del Soberano. El resto no era más que cuestión de interpretación y ésta correspondía al ministro, quien daba forma escrita a la decisión y la trasladaba a los escalafones inferiores. El que estaba a cargo del Ministerio de la Pluma era la persona de más confianza del Emperador y tenía un poder enorme. Podía convertir las nebulosas cábalas verbales del Monarca en cualquier disposición. Si la decisión tomada por el Emperador deslumbraba a todo el mundo por acertada y sabia, era una prueba más de la infalibilidad del Elegido de Dios. En cambio, si un murmullo de descontento se dejaba oír en el aire y de diversos rincones llegaba a los oídos del Monarca, el Honorable Señor podía achacarlo todo a la estupidez del ministro. Este último era la personalidad más odiada de la corte, pues la opinión pública, convencida de la sabiduría y bondad del Digno Señor, culpaba precisamente al ministro de tomar decisiones malignas y estúpidas, las cuales eran incontables. Aunque también es cierto que la servidumbre se preguntaba *sotto voce* por qué Haile Selassie no cambiaba de ministro, pero en palacio las preguntas se podían hacer sólo de arriba abajo, nunca al revés. Precisamente en el momento en que por primera vez sonó una pregunta planteada en dirección opuesta a la acostumbrada sonó también la señal de la revolución. Pero estoy adelantando acontecimientos, mientras que lo que debo hacer ahora es volver a aquel momento inicial de cualquier mañana en que el Emperador aparece en la escalinata de palacio y empieza su paseo matinal. Entra en el parque. Este, justamente, es el momento en que se le acerca el jefe del servicio áulico de espionaje, Solomon Kedir, y le informa de las denuncias habidas. El Emperador camina por el paseo del parque seguido a un paso de distancia por Kedir, quien no para de hablar. Quién se encontró con quién, dónde, sobre qué hablaron, contra quién se han con-

chabado. Puede o no considerarse eso un complot. Kedir también informa del trabajo de la oficina militar de claves. Esta oficina, que pertenece a los servicios que dirige Kedir, es la encargada de descifrar las conversaciones en clave que mantienen entre sí las distintas divisiones; no está de más saber si no germina por allí alguna que otra idea subversiva. El Honorabilísimo Señor no pregunta nada, nada comenta; camina y escucha. En algún momento tal vez se detenga ante una jaula de leones para tirarles la pata de una ternera que previamente le ha sido entregada por los criados. Entonces contempla la voracidad de las fieras y sonrío. Luego se acercará a los leopardos, atados con cadenas y les dará costillas de buey. En este lugar el Señor debe ir con sumo cuidado, pues se acerca mucho a los depredadores, que pueden hacer cosas imprevisibles. Al final emprende de nuevo su paseo con la inseparable sombra de la persona de Kedir, quien sigue dándole cuenta de sus informes. En un momento determinado el Señor hace un gesto con la cabeza que es una señal para Kedir, ordenándole alejarse. Este inclina su cuerpo en una reverencia y desaparece por un sendero cuidándose muy mucho de no volverle la espalda al Monarca mientras se retira. En aquel preciso instante sale de detrás de un árbol el ministro de Industria y Comercio, Makonen Habte-Wald, quien ha estado esperando su turno. Se acerca al Emperador, que continúa su paseo, y, siguiéndolo a un paso de distancia, le presenta sus denuncias. Consumido por una pasión desenfrenada por urdir intrigas y también porque quiere ganarse el favor del Honorable Señor, Habte-Wald mantiene una red privada de confidentes. Ahora, basándose en los informes recibidos, le relata al Emperador los acontecimientos de la última noche. Nuestro Señor adopta la actitud de antes: no pregunta nada ni nada comenta; se limita a caminar con las manos cruzadas en la espalda y a escuchar. Al-

gunas veces se acerca a una bandada de flamencos pero entonces estos pájaros tan asustadizos huyen de él corriendo, y el Emperador sonrío mientras contempla a unos seres que le niegan obediencia. Sin dejar de andar inclina la cabeza. Habte-Wald calla y, retrocediendo con la cara dirigida hacia el Monarca, desaparece por un sendero. Y ahora surge de repente, como si saliera de debajo de la tierra, la silueta cargada de espaldas de Asha Walde-Mikael, fiel espía del Emperador. Este dignatario controla la policía política del gobierno, la cual compite con los servicios secretos de palacio de Solomon Kedir y lucha con encarnizada rivalidad con redes privadas de confidentes como la que tiene Makonen Habte-Wald. El trabajo al que se dedica esta gente es duro y peligroso. Viven en permanente estado de miedo pues temen dejar de denunciar algo en un momento dado, lo cual les haría caer en desgracia, o que la competencia reúna denuncias mejores y que entonces el Emperador piense: ¿por qué Solomon me ha ofrecido hoy un banquete y Makonen tan sólo me ha traído unas migajas? ¿No me lo ha dicho porque no lo sabe o calla porque él mismo forma parte de la conjura? ¿Acaso habían sido pocas las ocasiones en las que el Gran Señor no experimentara en su propia carne la traición de los más allegados y de más confianza? Por eso el Emperador castigaba por el silencio. Sin embargo, caudales desordenados de palabras también aburrían e irritaban los oídos imperiales de modo que los excesos de una garrulería agitada tampoco constituían una buena salida. El aspecto mismo de aquellas personas mostraba a las claras bajo qué sensación de permanente amenaza vivían. Faltas de sueño, cansadas, actuaban en un febril estado de tensión continua, buscando víctimas en medio del fuerte olor a odio y terror que las rodeaba por todas partes. Como único escudo tenían al Emperador y éste podía acabar con ellas en cualquier mo-

mento. Bastaba un simple ademán de su mano. Ciertamente, el Bondadoso Señor no les hacía la vida fácil. Queda dicho que durante su paseo matinal, mientras escuchaba las denuncias referentes al estado de los complós en el Imperio, Haile Selassie nunca hacía preguntas ni tampoco comentaba las informaciones que iba recibiendo. Debo añadir que sabía lo que se hacía. El Señor quería obtener la denuncia en estado puro, es decir, obtener una denuncia auténtica. Si preguntase o expresase su parecer, el informador se apresuraría, solícito, a cambiar los hechos para ajustarlos a la idea del Emperador, de forma y manera que toda la máquina de denunciar se habría convertido en algo tan subjetivo e impreciso que el Monarca no podría enterarse de qué ocurría realmente en el país y en palacio. Al término del paseo el Emperador escucha los informes de la pasada noche proporcionados por los hombres de Asha. Da de comer a los perros y a una pantera negra y luego admira al oso hormiguero que le regalara recientemente el presidente de Uganda. Inclina la cabeza y Asha se aleja encogido, inseguro de si ha dicho más o menos de lo que han informado hoy sus enemigos mortales: Solomon, enemigo de Makonen y Asha, y Makonen, enemigo de Asha y Solomon. Haile Selassie acaba su paseo solo. Poco a poco la claridad va inundando el parque, la niebla se disipa, destellos de sol se encienden entre la hierba. El Emperador piensa intensamente: es la hora de trazar la táctica y la estrategia, de solucionar los rompecabezas personales y de preparar la siguiente jugada en el tablero del ajedrez del poder. Reflexiona sobre el contenido de las denuncias proporcionadas por los confidentes. Pocas cosas importantes; por lo general aquellos hombres se delatan el uno al otro. Nuestro Señor lo tiene todo apuntado en la cabeza, su mente es un ordenador que almacena todos los detalles, hasta los más insignificantes serán recordados. En palacio no había ninguna

oficina de personal, ninguna carpeta ni impreso. Todo lo llevaba el Emperador en la cabeza. Allí tenía todo el registro secreto de la gente de la élite. Ahora lo veo caminar, detenerse, alzar el rostro hacia arriba como si se sumiese en una oración. ¡Dios, sálvame de aquellos que, arrastrándose de rodillas, ocultan el cuchillo que querían clavarme en la espalda! Pero ¿Dios en qué puede ayudar? Toda la gente que rodea al Emperador es precisamente así: gente que va de rodillas y con el cuchillo. En las cumbres nunca hace calor, allí soplan vientos gélidos, todos permanecen encogidos y vigilantes para que el vecino no los empuje al precipicio.

T. K-B.:

Querido amigo, pues claro que lo recuerdo. ¡Si todo eso ocurrió apenas ayer! Apenas ayer y hace un siglo. En esta misma ciudad pero en otro planeta, que ya se ha alejado. Hay que ver cómo se ha mezclado todo: épocas, lugares; un mundo roto en miles de pedazos, imposible de recomponer... Tan sólo perdura el recuerdo: lo único que se ha salvado, lo único que queda de la vida. Pasé mucho tiempo al lado del Emperador en mi calidad de funcionario del Ministerio de la Pluma. Empezábamos a trabajar a las ocho para que todo estuviese listo a las nueve, que era cuando venía el Monarca. Nuestro Señor vivía en el Palacio Nuevo, frente al Africa Hall, pero desempeñaba sus funciones oficiales en el Palacio Viejo, construido por el emperador Menelik y situado en la colina que se alzaba justo al lado. Nuestro Ministerio tenía su sede precisamente en el Palacio Viejo, que asimismo albergaba la mayoría de las instituciones imperiales, porque Haile Selassie quería tenerlo todo a mano. Llegaba en uno de los veintisiete coches que constituían su parque móvil particular. Le gustaban los automóviles;

los Rolls-Royce eran los que más apreciaba por su línea seria y esplendorosa pero para variar también usaba Mercedes y Lincoln-Continental. Debo recordar que el Emperador fue el primero en traer coches a Etiopía y que siempre trató con benevolencia a los entusiastas del progreso material, a los que, por desgracia, nuestro tradicional pueblo miraba con desconfianza. ¡Con decir que en cierta ocasión faltó muy poco para que el Emperador perdiese el poder e incluso la vida cuando allá por los años veinte trajo de Europa el primer aeroplano! Un simple aeroplano fue considerado entonces como obra de Satanás y las mansiones de los magnates locales no tardaron en ser escenario de no pocos complós en contra de un monarca tan loco como cabalista y nigromante. A partir de entonces el Reverenciado Señor tuvo que refrenar sus apasionadas ambiciones de pionero hasta que, a causa de la desgana que toda novedad despierta en un hombre anciano, abandonó aquellas actividades casi por completo. Pero, volviendo a lo de antes, a las nueve llegaba el Emperador al Palacio Viejo. Ante la puerta de entrada lo esperaba ya una multitud de súbditos, que intentaban entregarle sus peticiones. Teóricamente hablando, éste era el camino más directo de obtener justicia y bondad en el Imperio. Como nuestro pueblo es analfabeto y quienes buscan justicia son por regla general los más pobres, aquella gente se empeñaba hasta las cejas para pagar los servicios de un escribano que trasladara al papel sus quejas y peticiones. Además surgía un grave dilema de protocolo pues la costumbre obligaba a los de abajo a permanecer ante el Emperador de rodillas y con el rostro tocando al suelo, y en esta posición ¿cómo se podía hacer llegar un sobre hasta un automóvil en marcha? El problema fue resuelto de la siguiente manera: el coche imperial aminoraba la marcha, tras los cristales aparecía el rostro del Monarca, lleno de bondad, mientras su guardia, instalada

en un vehículo que marchaba detrás, iba recogiendo de las manos tendidas del vulgo parte de los sobres, parte, porque allí siempre había un sinfín de manos. Si la muchedumbre, arrastrándose, se acercaba demasiado a los coches que se aproximaban, la guardia tenía que echar a empujones a los importunos, ya que una cuestión de seguridad así como el esplendor de la majestad exigían que la travesía transcurriera sin orden ni tardanza imprevista. Ahora los coches subían por un empinado paseo hasta detenerse en la explanada frente al palacio. Aquí también esperaba al Emperador una multitud, aunque muy distinta de aquella chusma congregada fuera y dispersada con furia por los guardias seleccionados entre el Imperial Body Guard. La multitud que daba la bienvenida al Monarca en la explanada estaba formada por gente próxima a su persona. Nos reuníamos allí muy temprano para no perdernos su llegada, pues aquel momento tenía para nosotros singular importancia. Todos y cada uno queríamos hacernos visibles con la esperanza de no pasarle inadvertidos. No, no es que se soñase en ser notado de una manera especial: el Gran Señor me ha visto, se acerca y entabla una conversación. ¡No, no se trataba de eso en absoluto! Lo diré sin rodeos: la gente anhelaba que el Emperador reparase en ellos aunque fuese de la forma más insignificante, deseaba una simple mirada, la más mínima cosa; una mirada inconsistente, más aún, secundaria y fútil; una simple ojeada que en nada comprometiese al Monarca, algo brevísimo, como una fracción de segundo y que, sin embargo, sería tal que sentiríamos una gran sacudida en nuestro interior y nos dominaría una desbordante sensación de triunfo: ¡nos había percibido! ¡Qué fuerza infundía semejante sensación! ¡Qué posibilidades tan ilimitadas abría! Veamos, la mirada del Grande y Poderoso Señor se había deslizado por nuestra cara, ¡simplemente deslizado! En realidad se podría de-

cir que no había pasado nada, pero, por otro lado, ¿cómo que no había pasado nada si su mirada había resbalado por nuestro rostro? En seguida sentimos como un gran sofoco y cómo la sangre sube al corazón haciéndolo latir con violencia. Son las mejores pruebas de que se ha posado en nosotros el ojo del Protector; pero olvidémoslas; en este momento carecen de importancia. Mucho más importante es el proceso que ha podido haberse desencadenado en la memoria de Su Majestad. Se sabía que el Señor, gracias a que no hacía uso del arte de leer y escribir, tenía una memoria visual extraordinaria. Y era sobre este don de la naturaleza sobre el cual podía fundar sus esperanzas el propietario del rostro por el que se había paseado la pupila imperial, pues podía estar seguro de que alguna huella efímera, aunque sólo fuese una sombra desdibujada, había quedado impresa en la memoria del Insigne Señor. A partir de aquel instante se hacía necesario abrirse paso entre la multitud, ora con disimulo, ora a empujones y codazos; había que actuar con tal perseverancia y con tal determinación que aquel rostro destacase a cada momento, maniobrando con él y manipulándolo de tal suerte que la mirada imperial no cesase de notar su presencia, aunque lo hiciera de forma involuntaria y maquinalmente. Después se esperaba a que llegase el momento en que el Emperador pensaría: veamos, la cara me resulta familiar y sin embargo no conozco el nombre. Y, digamos, preguntaría por él. Sólo por el nombre pero ¡con eso bastaba! Entonces el rostro y el nombre se unirían y surgiría una persona: ya tenemos candidato a un nombramiento. Y es que el rostro solo no es más que algo anónimo, y el nombre solo, una pura abstracción. Y ahora conviene que se materialice, que se concrete, que cobre forma y contornos, que consiga singularizarse. Oh, sí: ¡ése era el destino más anhelado pero, a la vez, más difícil de conseguir!, pues en la explanada donde saludaban al

Emperador los que lo rodeaban, había decenas, ¿qué digo decenas?, centenares de deseosos de hacer destacar su rostro: las caras se rozaban entre sí, las más altas apabullaban a las más bajas, las más oscuras ensombrecían a las más claras, había las que despreciaban a otras, las más viejas se adelantaban a las más jóvenes, las más débiles sucumbían ante las más fuertes, una cara odiaba a otra cara, las ordinarias chocaban con las nobles, las dominantes con las frágiles, y también había la que aplastaba a su semejante; pero incluso las humilladas, las rechazadas, las empujadas hasta un tercer plano y las vencidas, incluso éstas avanzaban hacia adelante si bien lo hacían a cierta distancia, la que imponía el orden jerárquico, asomando aquí y allá por detrás de rostros importantísimos y rostros propietarios de títulos nobiliarios, aunque sólo fuese en una mínima parte: una oreja o la punta de una sien; una mejilla o una mandíbula. ¡Cualquier cosa con tal de acercarse lo más posible a la pupila imperial! Si el Bondadoso Señor se hubiese dignado abarcar con su mirada todo el escenario que se le ofrecía tras salir del coche, se habría percatado de que hacia él avanzaba no sólo un magma de cien bocas, sumiso y febril a un tiempo, sino que más allá del grupo central, compuesto de gente de título y rango, a derecha e izquierda, delante y detrás, un poco más lejos y lejos del todo, en puertas y ventanas, ante los portales y en los senderos, aglomeraciones enteras de lacayos, pinches de cocina, mozos de limpieza, jardineros y policías también exhibían ante él sus rostros para ser notados. Y he aquí a Su Majestad que contempla todo esto. ¿Le sorprende el verlo? Lo dudo. Tiempo atrás el Señor también había formado parte del magma multifacial. ¿Acaso no había tenido él mismo que exhibir su rostro para llegar a ser el sucesor en el trono a la edad de apenas veinticuatro años? ¡Y hay que ver la competencia tan endiablada que tuvo! Toda una legión de patricios

duchos en la materia lo pretendía. Pero habían tenido demasiada prisa, se lanzaban al degüello unos contra otros temblando de impaciencia por aposentarse en el ansiado trono lo más rápidamente posible, ¡en el acto! El Inigualable Señor supo esperar, habilidad ésta importantísima. No hay político sin esa capacidad de espera, de resignación paciente e incluso humilde a que la oportunidad surja aunque sea al cabo de años. El Honorabilísimo Señor esperó diez años para erigirse en heredero del trono y luego otros catorce para proclamarse emperador. Sumado, casi un cuarto de siglo de maniobras cautelosas, aunque no por eso menos enérgicas, para conseguir la corona. Cautelosas digo porque fueron la discreción, la silenciosa reserva y la circunspección los rasgos más característicos del Señor. Conocía el palacio, sabía que todas las paredes tenían oídos, que tras cada cortina había ojos que lo observaban con suma atención. De modo que tuvo que ser astuto y sagaz. Sobre todo debía cuidarse mucho de que no se descubriera su juego antes de tiempo, debía ocultar su depredadora ansia de poder, pues ambas cosas unirían de inmediato a los rivales y los lanzarían a la lucha. Golpearían y destruirían a quien se había adelantado en la carrera. No, había que marchar en una misma fila durante años, vigilando, eso sí, que nadie se saliera de ella y esperar alerta el momento. En el año treinta ese juego le había procurado a Su Majestad la corona, la cual conservó a lo largo de cuarenta y cuatro años más.

Quando le enseñé a un compañero lo que estaba escribiendo sobre Haile Selassie o, más bien, la historia de la corte imperial y de su caída contada por los que habían llenado los salones, despachos y pasillos de palacio, éste me preguntó si había ido solo a visitar a aquella gente, que permanecía escon-

didá. ¿Solo? ¡Eso no era posible! Un hombre blanco, ¿jero... de no disponer de sólidas recomendaciones ni ellos me habría dejado cruzar siquiera el umbral de: Y aún así, en ningún caso habría querido sincerarse (Ya de por sí resulta difícil conseguir que los etíopes tren abiertos; saben callar como los chinos.) ¿Cómo llegar a saber dónde buscarlos, saber dónde estaban, saber qué habían sido, qué podían decir? No, no estaba solo, tenía un guía.

Ahora que ya está muerto puedo decir cómo se llamaba: Teferra Gebrewold. Llegué a Addis Abeba a mediados de mayo de 1963. Unos días más tarde debían reunirse allí los presidentes del Africa independiente y el Emperador preparaba la ciudad para aquel encuentro. Addis Abeba era entonces un pueblo grande de varios cientos de miles de habitantes, situado sobre colinas, en medio de bosques de eucaliptos. En el césped de la calle principal, la Churchill Road, pastaban rebaños de cabras y vacas y los coches debían detenerse cada vez que los nómadas cruzaban la calzada con sus numerosos y asustados camellos. Llovía. En los callejones adyacentes los coches se atascaban en el barro pegajoso y pardo, hundiéndose en él más y más hasta formar, finalmente, columnas de vehículos inmóviles con las ruedas enterradas.

El Emperador comprendía que una capital africana debía ofrecer un aspecto mucho más imponente y mandó construir unos cuantos edificios modernos así como adecentar las calles principales. Por desgracia, la edificación de aquellas casas parecía no tener fin, y yo, cuando contemplaba los andamios levantados en varios puntos de la ciudad y la gente que allí trabajaba, me acordaba de la escena que describiera Evelyn Waugh cuando en 1930 había ido a Addis Abeba para asistir a la coronación del Emperador:

«Parecía que sólo ahora se hubieran puesto a construir la ciudad. En cada esquina había un edificio a medio terminar. Algunos ya estaban abandonados, en otros trabajaban unos cuantos puñados de desherrapados indígenas. Una tarde vi a veinte o treinta de aquellos hombres que, dirigidos por un capataz armenio, despejaban de montones de escombros y piedras la explanada que se extendía delante de la entrada principal del palacio. Su trabajo consistía en llenar de escombros unas portaderas de madera que posteriormente debían vaciar en un vertedero situado a cincuenta yardas de allí. El capataz iba de un hombre a otro blandiendo un palo largo. Cuando por alguna razón se alejaba por unos momentos, todo se paralizaba inmediatamente. Eso no quería decir que la gente empezara a sentarse, a charlar o a tumbarse en el suelo, no, aquellos hombres, simplemente, quedaban como petrificados en el lugar donde se encontraban; permanecían inmóviles, como las vacas pastando en el prado; algunas veces caían en un letargo, ladrillo en mano. Finalmente reaparecía el capataz y entonces volvían a moverse, aunque de manera indolente, como figuras filmadas a cámara lenta. Si aquél los golpeaba con el palo, no pedían ayuda, tampoco protestaban sino que aceleraban un poco sus movimientos. Cesaban los golpes, y de nuevo retornaban al ritmo lento, y cuando el capataz volvía a alejarse, inmediatamente volvían a quedar inmóviles y petrificados.»

En esta ocasión, reinaba una gran actividad en las calles principales. Por sus bordes rodaban pesadamente gigantescos bulldozers arrasando las casuchas de barro más próximas a la calzada, abandonadas ya, pues el día anterior la policía había expulsado de la ciudad a sus habitantes. Luego, unas brigadas

de albañiles habían levantado un muro alto con el objeto de tapar las demás chabolas. Otras brigadas habían pintado el muro con motivos nacionales. La ciudad olía a hormigón y a pintura fresca, a asfalto recién puesto y al aroma de las hojas de palma con que se habían adornado los arcos de bienvenida.

Con motivo del encuentro de los presidentes el Emperador dio un banquete impresionante. Con este fin se había traído vinos y caviar de Europa en vuelos especiales. De Hollywood se trajo a Miriam Makeba por la suma de 25 mil dólares para que coronara el festín interpretando ante los jefes de estado cantos de la tribu zulú. Se había invitado a más de tres mil personas, dividiéndolas jerárquicamente en varias categorías superiores e inferiores; a cada categoría le correspondía una invitación de color diferente y tenían asignados distintos menús.

El banquete se celebraba en el viejo palacio del Emperador. Los invitados avanzaban entre las largas hileras de la guardia imperial, armada con sables y alabardas. Unos trompetistas, iluminados por grandes focos y apostados en lo alto de las torres, tocaban la marcha imperial en tanto que en las arcadas grupos de comediantes escenificaban pasajes históricos de las vidas de algunos emperadores ya muertos. Desde los balcones caían sobre los invitados miles de flores que arrojaban unas muchachas ataviadas con trajes populares. En el cielo se abrían, centelleantes, las palmeras de los fuegos artificiales.

Cuando los invitados hubieron ocupado sus puestos en las mesas de la Gran Sala, sonaron las trompetas y entró el Emperador, con Nasser a su derecha. Formaban una pareja de lo más curioso: Nasser, un hombre alto, macizo e imponente, adelantando la cabeza y con una amplia sonrisa en sus fuertes mandíbulas, y, a su lado, la silueta de Haile Selassie, menuda, frágil incluso y erosionada por los años, con su rostro delgado y expresivo, sus grandes ojos, chispeantes y agudos. Tras ellos

entraron por parejas los demás jefes de estado. La sala se puso en pie; todo el mundo aplaudía. Se dejaron oír ovaciones en honor de la unidad y del Emperador. Luego empezó el banquete propiamente dicho. A cada cuatro invitados correspondía un camarero de color a quien todo se le caía de las manos, nervioso y excitado como estaba. El servicio era de plata, según el antiguo estilo de Harar; sobre aquellas mesas descansaban varias toneladas de valiosas piezas de vieja plata de ley. No faltó quien se llevara en el bolsillo algún que otro cubierto; éste, una cuchara; aquél, un tenedor.

Descomunales montañas de carne y fruta así como de pescados y quesos se alzaban sobre las mesas. Tartas de varios pisos chorreaban caramelo dulce y multicolor. Vinos exquisitos despedían destellos de luz encarnada al tiempo que rezumaban una refrescante fragancia. Sonaba la música mientras unos acicalados saltimbanquis daban volteretas amenizando la fiesta a los alegres comensales. El tiempo transcurría entre conversaciones, risas y devorar de manjares.

Estuvo muy bien.

En el curso de aquel banquete tuve necesidad de ir a un excusado pero no sabía dónde buscarlo. Finalmente abandoné la Gran Sala por una puerta lateral. La noche era muy oscura; lloviznaba y hacía fresco a pesar de que estábamos en mayo. La puerta se abría a una suave pendiente, al fondo de la cual, a unas cuantas decenas de metros, se alzaba un barracón sin paredes, mal iluminado. Una hilera de camareros, que se pasaban de mano en mano bandejas llenas con las sobras del banquete cubría la distancia entre ambos puntos. De aquellas bandejas fluía hacia el barracón un reguero de huesos, peladuras, restos de ensaladilla, cabezas de pescado y despojos de carne. Me dirigí hacia el lugar resbalando en el barro y los residuos de comida esparcidos aquí y allá.

Al llegar al barracón advertí que la oscuridad que se extendía tras él se agitaba, que algo ondulaba en ella emitiendo como un ronquido, entre suspiros, chapoteos y un chasquear de bocas. Directamente me fui allá.

En la profundidad de la noche, hundida en el barro y bajo la lluvia, se apiñaba una turba de mendigos descalzos a los que arrojaban las sobras de las bandejas los que trabajaban en el barracón fregando platos y cubiertos. Me quedé contemplando aquella multitud, que, sumida en un grave silencio, comía, poniendo gran esmero, las mondas, los huesos y las cabezas de pescado. Había en aquel banquete suyo una concentración cuidadosa y concienzuda, una biología un tanto violenta que a ratos no reparaba en nada, un hambre saciándose en el máximo estado de emoción, de tensión; en éxtasis.

De cuando en cuando los camareros tenían momentos de espera; cesaba el fluir de bandejas y la multitud se distendía por algunos instantes, relajaba sus músculos, como si algún comandante ordenase descanso. Había un secarse de caras mojadadas y un asearse de los harapos pringosos de lluvia y suciedad. Pero poco después volvía a fluir el río de bandejas pues allá, arriba, también se desarrollaba la otra gran comilona entre los ruidos del sorber de bebidas y el chasquear de lenguas, así que la turba mendiga de nuevo retomaba la ardua y bendita tarea de saciar el hambre.

Como estaba mojándome, regresé a la Gran Sala, al banquete imperial. De nuevo pude contemplar la plata y el oro, el terciopelo y la púrpura, observar al presidente Kasavubu, a mi vecino, un tal Aye Mamlaye, aspirar la fragancia de incienso y rosas, escuchar la sugestiva canción de la tribu zulú que interpretaba Miriam Makeba. Con una reverencia (requisito fundamental del protocolo) me incliné ante el Emperador y me volví a casa.

Tras la marcha de los presidentes (marcha que se desarrolló con prisas, pues una estancia demasiado prolongada en el extranjero podía terminar con la pérdida de la silla) el Emperador nos invitó a desayunar, es decir, al grupo de corresponsales extranjeros que se encontraban allí con motivo de la primera conferencia de jefes de estado africanos. La noticia nos llegó al Africa Hall, donde pasábamos días y noches en una espera inútil y que nos crispaba los nervios mientras intentábamos comunicarnos con nuestras capitales. Las invitaciones nos las trajo nuestro guía local, uno de los jefes del Ministerio de Información, Teferra Gebrewold, un amhara alto y de buen porte, por lo general callado e inasequible. Pero en aquella ocasión se mostró alterado y lleno de excitación. Llamaba la atención el que cada vez que pronunciaba el nombre de Haile Selassie inclinase la cabeza en un gesto solemne. «¡Estupendo!» exclamó Ivo Svarzini, un greco-turco-chipriota-maltés, quien, oficialmente, trabajaba para una agencia fantasma, la M.I.B., aunque de hecho lo hiciera para los servicios secretos de la empresa petrolífera italiana E.N.I. «¡Estupendo!, podremos quejarnos a ese individuo de cómo nos han organizado aquí las comunicaciones.» Debo precisar que el círculo de esos corresponsales que llegan hasta los rincones más recónditos del mundo lo forman hombres duros y cínicos; son los que todo lo han visto, los que todo lo han vivido, los que para ejercer su profesión deben luchar continuamente con miles de obstáculos de los que la mayoría de la gente tiene vaguísima idea y que, debido a todo ello, son incapaces de conmoverse o de dejarse impresionar por nada y que, además, llevados al agotamiento y furiosos, de verdad serían capaces de quejarse al mismísimo Emperador de las pésimas condiciones de trabajo y de la realmente escasa ayuda que recibían de las autoridades locales. Pero incluso gente así debe reflexionar de vez en cuando sobre lo que

está haciendo. Y tal momento se acababa de producir cuando, tras escuchar las palabras de Svarzini, advertimos que Teferra se había puesto pálido, se había encogido y, nervioso y balbuceando, había empezado a hablar de algo que finalmente conseguimos comprender y era que si exponíamos la queja, el Emperador ordenaría cortarle la cabeza. Lo repetía una y otra vez. Esto hizo que nuestras opiniones se dividiesen. Yo era partidario –y así lo expresé– de dejar correr las cosas y no cargar nuestras conciencias con la vida de aquel hombre. Como la mayoría era de la misma opinión, decidimos finalmente que omitiríamos este tema en la conversación con el Emperador. Teferra escuchaba atento nuestra discusión. Su resultado debiera haberle alegrado, pero, como todo amhara, también él era desconfiado y receloso por naturaleza –rasgos que se manifestaban con especial fuerza ante los extranjeros–, por lo que se alejó de nosotros angustiado y abatido. Al día siguiente hemos aquí saliendo de la visita al Emperador cada uno con su regalo: un medallón de plata con el escudo imperial. El maestro de ceremonias nos condujo por un largo corredor hacia la puerta principal. Pegado a una pared, Teferra permanecía en la posición del acusado que escucha del tribunal la grave condena; gotas de sudor bañaban su rostro demacrado. «¡Teferra! –exclamó alegre Svarzini– te hemos elogiado mucho. (Lo cual era cierto.) ¡Te ascenderán!», y le dio unas palmadas en los hombros temblorosos.

Después y hasta su muerte, visité a Teferra en cada uno de mis viajes a Addis Abeba. Tras el derrocamiento del Emperador todavía trabajó durante algún tiempo porque –por suerte suya– había sido expulsado de palacio en los últimos meses del reinado de Haile Selassie. Para entonces ya conocía a todos los que habían rodeado al Monarca y con algunos incluso estaba emparentado. Digno representante de los amharas, gentes que

aprecian la caballerosidad, Teferra supo demostrar su gratitud intentando por todos los medios devolvernos la deuda de haberle salvado la cabeza en la ocasión citada. Poco después del destronamiento tuve con él un encuentro en el hotel Ras, en mi habitación. La ciudad vivía la euforia de los primeros meses de la revolución. Las calles eran escenario de bulliciosas manifestaciones, unas en apoyo del gobierno militar, otras, reclamando su retirada; había las que desfilaban exigiendo la reforma agraria y las que conminaban a que se repartiera la fortuna del Emperador entre los pobres. Desde las primeras horas de la mañana se llenaban las calles de multitudes enervadas, se producían los altercados, surgían los conflictos, volaban las piedras. En aquella ocasión, en mi habitación del hotel, le dije a Teferra que quería localizar a los hombres del Emperador. El se mostró sorprendido, sin embargo, aceptó encargarse personalmente del asunto. Nuestras salidas secretas dieron comienzo. Eramos una pareja de coleccionistas deseosos de recuperar unos cuadros condenados a la destrucción con vistas a montar una exposición sobre el viejo arte de reinar.

Más o menos por aquella época estalló la locura de las fetashas, que más tarde crecería hasta alcanzar cotas desconocidas en el mundo y de la que fuimos víctimas todos nosotros, es decir, todo individuo vivo independientemente del color de su piel, edad, sexo o status. Fetasha es una palabra amhara que significa registro. De pronto todo el mundo se dedicó al registro de los unos por los otros; desde la madrugada hasta la noche; durante las veinticuatro horas del día; en todas partes; sin darse tiempo para respirar. La revolución había dividido a la gente en fracciones y la lucha comenzó. Como no había barricadas ni trincheras ni tampoco otras líneas claras de demarcación, cualquiera podía ser el enemigo. Esta atmósfera consistente en vivir en un estado de amenaza constante era

alimentada además por la enfermiza suspicacia que cada amhara profesa hacia otro hombre (incluido otro amhara) en quien nunca se debe confiar, ni creer en su palabra, ni contar con él, porque las intenciones de la gente son malas y perversas; todos son unos conspiradores. La filosofía de los amharas es pesimista y triste. Por eso sus miradas son también tristes además de alertas y vigilantes; sus rostros, de facciones tensas, muestran seriedad; raras veces se permiten la sonrisa.

Todos tienen armas, que adoran. Los ricos solían guardar en sus mansiones auténticos arsenales y disponían de sus propios ejércitos privados. También se pueden ver arsenales en las casas de los oficiales: ametralladoras, colecciones de pistolas, cajas de granadas. Tan sólo hace unos años los revólveres se compraban en las tiendas como cualquier otro producto; bastaba con pagar, nadie preguntaba nada. Peores son las armas del pueblo llano; a menudo muy viejas: diferentes tipos de mosquetes, fusiles de chispa, escopetas o arcabuces; todo un museo que llevan al hombro. La mayoría de estas antigüedades ya no sirve para nada porque nadie fabrica municiones para ellas. Por eso en el mercado libre una bala a veces cuesta más que un fusil; la bala constituye la divisa más preciada del mercado, más buscada que el dólar. Porque ¿qué valor tiene un dólar? No deja de ser papel mientras que la bala puede salvar una vida. Gracias a las balas nuestras armas recuperan su sentido y nosotros ganamos en importancia.

¿Acaso tiene valor la vida de un hombre? El otro existe en la medida en que constituye un obstáculo en nuestro camino. La vida no significa gran cosa, aunque es mejor quitársela a nuestro enemigo antes de que a él le dé tiempo de asestarnos el golpe. Cada noche hay tiroteos (lo mismo que a lo largo del día). Luego las calles aparecerán pobladas de cadáveres. «Negus -le digo a nuestro chófer-, disparan demasiado. Eso no es

bueno.» Pero él permanece callado, nada contesta; no sé qué estará pensando. Han sido adiestrados para sacar la pistola al menor motivo y disparar.

Matar.

Y, sin embargo, tal vez se podría vivir de otra manera; tal vez no así. Pero ellos no piensan en estos términos; su pensamiento no se dirige hacia la vida sino hacia la muerte. Hablan, primero tranquilos, luego comienzan a discutir y pelear y, finalmente, suenan algunos disparos. ¿De dónde sale tanta saña, tanta agresividad, tanto odio? Y todo tan precipitado, sin un minuto de reflexión, sin freno, arrojándose de cabeza al abismo.

Así que, buscando dominar la situación y desarmar al oponente, las autoridades han ordenado la fetasha general: constante y continuamente estamos siendo registrados. En la calle, en el coche, delante de casa (y dentro de ella), al entrar en una tienda, en correos, en nuestra oficina, en la redacción, en la iglesia, en el cine. A la puerta de un banco, de un restaurante, en el mercado, en el parque. Cualquiera puede registrarnos porque no sabemos quién tiene autoridad para hacerlo y quién no. Además, más vale no hacer preguntas, porque éstas pueden empeorar la situación; es mejor someterse. Continuamente alguien nos registra; unos tipos desharrapados, palo en mano, sin cruzar palabra se limitan a pararnos y a extender los brazos en demostración de cómo debemos hacer nosotros y así adoptar la postura del cacheo. Una vez adoptada ésta, empiezan a vaciarnos los billeteros, los bolsillos, a mirarlo todo con atención, a mostrarse sorprendidos; a fruncir el ceño, a mover la cabeza, a consultarse los unos a los otros mientras nos manosean la espalda, la barriga, las piernas, los zapatos, ¿y bien?, y nada, podemos seguir, hasta el siguiente extender de brazos, hasta la siguiente fetasha. Sólo que ésta puede sorpren-

dermos a pocos pasos de la anterior y entonces, vuelta a empezar. Porque las fetashas no se suman en una única y de-una-vez-para-siempre definitiva purificación, en una declaración de inocencia, en una absolución, sino que cada vez, cada par de metros, cada par de minutos, una y otra vez debemos volver a purificarnos, probar nuestra inocencia y conseguir esa absolución. Las más agotadoras son las fetashas de carretera, cuando se viaja en autobús. Decenas de parones, todo el mundo abajo, todo el equipaje abierto, revisado, resquebrajado, desmembrado, desmenuzado, revuelto. Nosotros, registrados, palpados, manoseados, estrujados. Luego, en el autobús, se aplasta el equipaje, que ha crecido como la masa del pan en una artesa, y en la fetasha siguiente, vuelta a sacarlo todo. Ropas, cestos, tomates, ollas saltan a la carretera lanzados a puntapiés (todo parece un mercado puesto espontánea y caóticamente al borde del camino) y otra vez empieza el manoseo, el buscar y rebuscar. Las fetashas amargan el viaje hasta tal punto que a la mitad del trayecto se tienen ganas de dar media vuelta, pero ¿cómo? ¿Quedarnos en medio del campo, entre montañas altísimas convertidos en fácil presa para los saqueadores? Algunas veces las fetashas abarcan barrios enteros y entonces la cosa se pone seria. Tales fetashas las monta el ejército en busca de arsenales de armas, de imprentas clandestinas y de anarquistas. En el curso de estas operaciones se oyen disparos y, más tarde, se ven muertos. Si algún distraído —por más inocente que sea— cae en medio de una acción semejante, vivirá momentos difíciles. En tales circunstancias la gente, manos arriba, camina despacio del cañón de un fusil a otro esperando la sentencia. Sin embargo, lo más corriente es que se trate de fetashas de aficionados, a las que uno puede llegar a acostumbrarse o incluso a familiarizarse. Muchas personas hacen a otras sus propias fetashas espontáneas, que son algo así como un palpamiento-mano-

seo, pues se trata de fetashistas solitarios que actúan por cuenta propia, al margen del plan general de la fetasha organizada. Caminamos por la calle y de repente nos para un desconocido y extiende los brazos. No tenemos más remedio que extender los nuestros, es decir, adoptar la postura del que va a ser registrado. Entonces nos palpará, pellizcará y manoseará, y luego con la cabeza nos hará una señal, signo de que estamos libres. Por lo visto, en un momento nos ha tomado por un enemigo pero ahora ya ha descartado tal sospecha y nos deja en paz. Podemos seguir nuestro camino y olvidarnos de este banal suceso. En mi hotel, a uno de los vigilantes le gustaba mucho registrarme. Algunas veces, cuando tenía prisa, entraba corriendo en el vestíbulo y también corriendo subía las escaleras para meterme en mi habitación. Entonces él se lanzaba en mi persecución y, antes de que me diera tiempo de girar la llave en la cerradura, se metía dentro por la fuerza y allí me hacía su fetasha. Llegué a tener sueños que giraban exclusivamente sobre el tema: miles de manos oscuras, sucias y voraces me invadían cual hormigas y, arrastrándose por mi cuerpo, bailando y hurgando, me sobaban, pellizcaban, hacían cosquillas y se agarraban a mi garganta hasta que me despertaba, bañado en sudor y sin poder conciliar el sueño hasta la mañana.

A pesar de aquellas contrariedades seguí visitando las casas que me abría Teferra para escuchar palabras sobre el Emperador que parecían llegar de un mundo remoto.

A. M-M.:

Por ser el lacayo de la tercera puerta fui el más importante de los destinados en la Sala de Audiencias. Como aquella sala tenía tres puertas, había tres lacayos dedicados a abrirlas y

cerrarlas pero el mío era el puesto más relevante porque por la mía pasaba el Emperador. Cuando Su Más Extraordinaria Majestad abandonaba la Sala, yo le abría la puerta. Mi habilidad consistía en saber abrirla justo en el momento adecuado. Porque si la abriese demasiado pronto, eso podría causar la imperdonable impresión de que invitaba al Emperador a abandonar la Sala. Si, por el contrario, la abriera demasiado tarde, habría obligado al Más Extraordinario Señor a espaciar sus pasos o incluso a detenerse, lo cual habría supuesto un menoscabo a su imperial dignidad, la cual exigía que el movimiento de la Primerísima Persona se realizara sin el menor peligro de colisión y sin que se interpusiese el menor obstáculo.

G. S-D.:

El tiempo comprendido entre las nueve y las diez de la mañana lo pasaba Su Majestad en la Sala de Audiencias distribuyendo nombramientos, y por eso a esa hora se la llamaba la hora de los nombramientos. El Emperador entraba en la Sala, donde le esperaba una ordenada fila de dignatarios señalados para alguno de ellos, dignatarios que se deshacían en sumisas reverencias. Nuestro Señor se sentaba en el trono y, una vez hecho esto, yo le colocaba un cojín debajo de los pies. Esta operación debía realizarse sin la más mínima demora a fin de que no se produjera un momento en que las piernas del Honorable Monarca quedasen colgando en el aire. Todos sabemos que Nuestro Señor era de baja estatura y que, por otra parte, el cargo que ostentaba requería que mantuviera una superioridad ante sus súbditos también en un sentido estrictamente físico. Por eso los tronos del Señor tenían los pies altos, al igual que los asientos, sobre todo aquellos que habían pertenecido al emperador Menelik, quien había gozado de extraor-

dinaria estatura. Surgía pues una contradicción entre la indispensable altura del trono y la figura del Honorable Señor, contradicción que se hacía particularmente delicada y molesta a la altura de sus pies, pues resulta impensable que una persona cuyos pies se balancean en el aire —¡como un niño pequeño!— conserve intacta su dignidad. Y era precisamente el cojín lo que resolvía aquel problema, tan delicado como importante.

Yo fui el porta-cojín del Bondadoso Señor durante veintiséis años. Acompañé al Emperador en sus viajes por el mundo y, la verdad —y lo digo con orgullo—, Nuestro Señor no podía ir sin mí a ninguna parte porque su dignidad continuamente le exigía sentarse en el trono y no lo podía hacer sin el cojín, y el porta-cojín era yo. Yo dominaba a la perfección todo un protocolo especial al respecto, al igual que poseía un tan vasto como útil conocimiento del tamaño de los diferentes tronos reales, lo cual me permitía escoger rápida y certeramente el cojín idóneo, de forma que no se produjera un desajuste escandaloso: que a pesar de todo quedase un resquicio entre él y los zapatos del Emperador. Cincuenta y dos cojines tenía yo en mi almacén, todos de distinta medida, grosor, material y color. Yo mismo me cuidaba de que las condiciones en que se guardaban fuesen lo mejores posible a fin de que no se convirtiesen en un nido de pulgas —molesta plaga de nuestro país—, pues las consecuencias de semejante negligencia habrían podido terminar en un desagradable escándalo.

T. L.:

¡My dear brother, la hora de los nombramientos hacía temblar al palacio entero! Temblaban unos de alegría y de un placer profundamente sensual; otros, ¿qué le diré?, lo hacían de miedo presintiendo la catástrofe, pues en aquella hora el

Honorable Señor no sólo premiaba, colmaba de favores y nombraba, sino que también amonestaba, cesaba y degradaba. ¡No, me he expresado mal! En realidad no cabía hacer distinción entre contentos y temerosos; ambas cosas, la alegría y el miedo convivían en el corazón de todos los llamados a la Sala de Audiencias, porque ninguno sabía qué le esperaba allí. En eso consistía la profunda sabiduría de Su Majestad, en que todos ignoraban cuándo sonaría su día, en que desconocían su destino. Esta incertidumbre y la inseguridad ante las intenciones del Monarca hacían que en palacio se chismorrease sin cesar, perdiéndose la corte en elucubraciones sobre el futuro. Esta vivía dividida en fracciones y camarillas que se combatían entre sí en guerras implacables que la debilitaban y destruían. Precisamente ése era el propósito del Digno Señor: conseguir un equilibrio que le garantizara la paz. Si alguna camarilla empezaba a destacar, el Emperador no tardaba en conceder su favor a la contraria, y así volvía a restablecer ese equilibrio con que paralizaba a los usurpadores. Su Majestad pulsaba las teclas —una blanca, otra negra— y sacaba de aquel piano una música armoniosa que deleitaba su oído. Y todos se sometían a aquel modo de tocar porque la única razón de su existencia la constituía la imperial aprobación, de modo que si el Emperador la retiraba, ese mismo día habrían desaparecido de palacio sin dejar rastro. Sí, por sí mismos, ellos no eran nadie. Eran visibles para el pueblo sólo mientras los iluminaba el brillo de la corona real.

Haile Selassie fue el constitucional Elegido de Dios y como morador de tales alturas no podía unirse a ninguna de las fracciones aunque las utilizara para sus fines, a unas más que a otras. Pero si alguna de las camarillas que gozaba de su gracia iba demasiado lejos en su servil fervor, el Emperador la amonestaba, pudiendo, incluso, condenarla formalmente. Tales

situaciones se producían sobre todo en relación con las fracciones duras, que nombraba Nuestro Señor con la finalidad de que impusiesen orden. Los discursos del Emperador eran suaves y cargados de bondad y consuelo para el pueblo, que jamás oyó salir de la boca de su Señor palabras airadas. Sin embargo, no se podía gobernar un Imperio con la sola bondad; alguien debía combatir la oposición y velar por los intereses supremos del Monarca, de palacio y del estado. Ese era precisamente el cometido de las camarillas duras, las cuales, por lo demás, al no comprender las sutilísimas intenciones del Emperador, caían sin remisión en errores o, mejor dicho, en el error del exceso. Deseando ganarse el reconocimiento del Señor, se desvivían por imponer un orden absoluto mientras que el Honorable Señor pretendía un orden de principio, es decir, orden sí, pero con un cierto margen de desorden donde pudieran manifestarse su bondad y condescendencia. Por eso, en cuanto la camarilla de los duros franqueaba aquel umbral, se encontraba con la mirada de amonestación en los ojos del Soberano. En palacio hubo tres fracciones principales: la de los aristócratas, la de los burócratas y la de los allegados, u hombres personales, como se la solía llamar. La fracción de los aristócratas, compuesta de grandes terratenientes y ultraconservadora, se agrupaba principalmente en torno al Consejo de la Corona y había tenido por jefe al príncipe Kassa, ya fusilado. La fracción de los burócratas, la más abierta a los cambios y la más ilustrada —parte de sus representantes tenía carreras universitarias— llenaba los ministerios y otras instituciones imperiales. Finalmente, la fracción de los allegados, creada por el mismo Emperador, constituía una rareza única, característica de nuestro poder. El Ilustre Señor, partidario de un estado fuerte y centralizado, tuvo que luchar astuta y hábilmente contra la camarilla de los aristócratas, la cual quería gobernar en las pro-

vincias y tener un emperador débil y remiso. Pero el Monarca no podía luchar contra la aristocracia sirviéndose de ella misma. Por eso constantemente engrosaba su círculo de allegados con hombres del pueblo, elegidos y nombrados personalmente por él, hombres jóvenes y listos pero de origen muy humilde. El Emperador de repente podía nombrar para un cargo a alguien sacado del estrato social más bajo, elegido a menudo al tuntún de entre el vulgo que se congregaba en aquellas ocasiones en las que el Gran Señor se reunía con el pueblo. Esos hombres personales del Emperador, provenientes de provincias sumidas en la desesperación y la miseria y transplantados directamente a los salones de una corte esplendorosa en la que pronto topaban con el odio y la natural enemistad de los aristócratas allí plantados, no tardaban en descubrir el dulce sabor del lustre palaciego y el obvio encanto del poder y servían al Emperador con un fervor indescriptible, con pasión incluso, pues sabían que estaban allí, ostentando muchas veces los más altos cargos de estado, única y exclusivamente por la voluntad del Noble Señor. Era a ellos, precisamente, a quienes el Emperador otorgaba cargos de suma confianza. El Ministerio de la Pluma, la Imperial Policía Política, la dirección de palacio se apoyaban en aquellos hombres. Eran ellos los que descubrían todos los complós y confabulaciones, quienes combatían a la oposición, soberbia y malvada. Tenga en cuenta, señor periodista, que el Emperador no sólo decidía personalmente todos los nombramientos sino que, en un principio, también los comunicaba personalmente a cada elegido. ¡El y nadie más que él! El fijaba la cúspide de la jerarquía así como sus escalones intermedios y más bajos: él designaba a los jefes de correos, a los directores de escuelas, a los comisarios de policía, todos los funcionarios corrientes, los administradores, los directores de las cervecerías, de los hospitales, de los hoteles,

una vez más lo diré, a todos, él; personalmente. Citados en la Sala de Audiencias a la hora de los nombramientos y allí colocados en una hilera interminable —y es que aquello era una masa, ¡una masa humana!—, esperaban la llegada del Emperador. Luego, uno a uno, se acercaban emocionados al trono e, inclinando la espalda en señal de sumisión, escuchaban qué nombramiento les había correspondido, besaban la mano de su Bienhechor y se retiraban caminando hacia atrás y sin dejar de hacer reverencias. Todo nombramiento, hasta el más baladí, llevaba la impronta del Emperador, y esto era así porque la fuente de todo el poder no manaba del estado ni de ninguna otra institución sino del Nobilísimo Señor en persona. ¡Qué ley aquélla, tan inconmensurablemente trascendental! Y es que de ese momento pasado junto al Emperador, cuando anunciaba los nombramientos y repartía bendiciones, surgían unas vinculaciones interhumanas muy particulares; vinculaciones que, si bien sujetas a las reglas de la jerarquía, al fin y al cabo no dejaban de ser tales; y de ellas emanaba el único principio por el que se guiaba Nuestro Señor cuando ascendía o degradaba a las personas: el principio de lealtad. Querido amigo, podría formarse toda una biblioteca con las denuncias que durante años afluyeron a los oídos imperiales sobre la persona más próxima al Monarca, el ministro de la Pluma, Walde Giyorgis. Era éste el personaje más pérfido, repugnante y corrupto que había pisado los parques de palacio. El mero hecho de atreverse a denunciar a aquel hombre podía tener consecuencias funestas. Qué mal debían de andar las cosas si, a pesar de todo, se llegaba a ello. Sin embargo, los imperiales oídos estaban siempre cerrados. Walde Giyorgis podía hacer y deshacer lo que le viniera en gana, y su desvergüenza no conocía límites. No obstante, cegado por su soberbia y por su impunidad, participó en cierta ocasión en la reunión de una fracción cons-

piradora, cosa de la que informaron al Venerable Señor los servicios de espionaje de palacio. El Señor esperó a que Walde Giyorgis le contara él mismo todo acerca de su fechoría, pero éste no dijo ni una palabra sobre el asunto, o sea —dicho de otra forma—, quebró el principio de lealtad. Al día siguiente Su Majestad empezó la hora de los nombramientos por su propio ministro de la Pluma, hombre que prácticamente había compartido el poder con el Honorable Señor: Walde Giyorgis cayó de su posición de segunda persona del estado a la de pequeño funcionario en una remota provincia del sur, de acuerdo con su nuevo cargo. Tras escuchar el nombramiento —e imaginémonos cómo debió disimular en aquel momento la sorpresa y el terror—, besó la mano del Bienhechor, según el ritual y, retrocediendo sin darle la espalda al tiempo que se inclinaba sumiso, abandonó palacio para siempre. Y ahora tomemos el caso del príncipe Imru. El príncipe Imru tal vez fuera la personalidad más destacada de la élite, un hombre digno de los más altos cargos y honores. Pero de nada le sirvió, pues Su Graciosa Majestad —como ya he mencionado— nunca se había guiado por el principio de la capacidad sino siempre única y exclusivamente por el de la lealtad. Volviendo al asunto, no se sabe cómo ni por qué pero el caso es que el príncipe de repente empezó a oler a reforma. Sin pedir permiso al Emperador, repartió parte de sus tierras entre los campesinos. Así que —callando ante el Soberano y actuando por su cuenta—, quebró el principio de lealtad de un modo irritante, desafiante incluso. Y he aquí que el Bondadoso Señor, que guardaba para el príncipe un muy alto cargo, tuvo que expulsarlo del país y mantenerlo alejado de él durante veinte años.

Llegado a este punto debo precisar que Nuestro Señor no se mostraba reacio a las reformas, antes al contrario: siempre manifestó una gran simpatía hacia el progreso y las mejoras,

sólo que no podía soportar que nadie las emprendiera por su cuenta porque, en primer lugar, tal cosa podía desembocar peligrosamente en la anarquía y la arbitrariedad y, en segundo lugar, dar la impresión de que en el imperio había otros bienhechores aparte Su Magnánima Majestad. Por eso, si algún ministro sabio y capaz quería introducir en su campo alguna reforma, por más insignificante que fuese, debía dirigir el asunto de tal modo, debía enfocarlo, formularlo y presentarlo al Emperador en tales términos, que resultase obvio, evidente e inquestionable que Su Majestad Imperial era el gentil y solícito iniciador, autor y defensor a ultranza de la mejora aunque, en realidad, en aquel asunto Nuestro Señor no supiera de qué se trataba exactamente. Pero, por fortuna, ¡no todos los ministros tenían la suficiente perspicacia! Hubo gente joven, no familiarizada con las tradiciones de palacio, que, guiándose por su propia ambición, así como por el deseo de ganarse el reconocimiento del pueblo —¡como si el del Emperador no fuese el único digno de cualquier esfuerzo!—, intentó reformar por iniciativa propia alguna que otra cosilla. Como si no supieran que de esta manera violaban el principio de lealtad y que se hundían no sólo a sí mismos sino también a la propia reforma, la cual, al no contar con la autoría del Emperador, estaba sentenciada a no ver nunca la luz del día.

Le diré abiertamente que el Rey de Reyes prefería malos ministros. Y los prefería porque a Su Majestad le gustaba que el contraste lo hiciera sobresalir a él. Y ¿cómo podría salir favorecido estando rodeado de buenos ministros? El pueblo se sentiría perdido y no sabría en quién buscar ayuda ni de quién era la bondad y sabiduría con que podía contar si todos eran buenos y sabios. ¡Qué desorden se crearía en el Imperio! En vez de un único sol brillarían cincuenta y cada cual rendiría culto a un planeta diferente, de personal elección. Y eso sí

que no, querido amigo; no se puede exponer a un pueblo a desamparo tan pernicioso. Debe haber un único sol; tal es el orden de la naturaleza y las demás teorías no son sino herejía irresponsable, enemiga de Dios. Sin embargo, puedes tener la seguridad de que Nuestro Señor salía muy bien parado de cualquier confrontación, de cuán imponente y generoso resultaba, y por eso el pueblo no se confundía: sabía quién era el sol y quién la sombra.

Z. T.:

A la hora de proceder a un nombramiento el Emperador veía ante sí la cabeza inclinada de quien iba a ostentar tal distinción. Pero ni siquiera la mirada de lince del Excelentísimo Señor podía ver qué iba a ocurrir con aquella cabeza en lo sucesivo. Y si bien dentro de la Sala de Audiencias la cabeza en cuestión hacía leves movimientos de inclinación arriba y abajo, una vez traspasada la puerta en seguida cambiaba de postura: se erguía, se tornaba rígida y adoptaba una actitud firme y decidida. ¡Sí, estimado señor, era asombroso el poder que ejercía el nombramiento imperial! Porque, fíjese, una cabeza corriente que hasta entonces se había movido de un modo natural y sencillo, tan ágil y libre, tan pronta a girarse, a inclinarse, a oscilar y a balancearse, una vez ungida por el nombramiento experimentaba una extraña reducción y, a partir de aquel momento, se movería tan sólo en dos direcciones: en la vertical-hacia abajo, que adoptaba en presencia del Honorable Señor, y en la vertical-hacia arriba, que adoptaba ante los demás. Fijada sobre ese eje «arriba-abajo», la cabeza no podía moverse libremente, y si la sorprendiéramos por la espalda llamando de repente: «¡Oiga, señor!», tal cabeza hubiera sido incapaz de volverse; su dueño habría tenido que detenerse con la mayor dignidad y sólo entonces, usando todo el cuerpo, habría po-

Sigue en la p. 84

¡quía! Transcurrido algún tiempo, de Sidamo empezaron a llegar dignatarios locales. Llegaban y merodeaban cautelosos por palacio, preguntando a unos primos por aquí, a unos conocidos por allá si era viable una denuncia contra el gobernador. Es un asunto muy delicado, Mister Richard, eso de formular una denuncia contra un superior. No habría sido prudente ir directamente al grano, disparar al buen tuntún, pues podía resultar que el gobernador contara con un poderoso protector en palacio y que éste se enfureciese, considerase unos alborotadores a los dignatarios y acabase volcando todo su enfado sobre ellos. Así que, primero con medias palabras y a media voz y luego cada vez con mayor atrevimiento, aunque todavía de manera informal, así como quien sólo desea mantener una conversación, empezaron a informar de que Germame aceptaba sobornos y los utilizaba para construir escuelas. Ahora intente imaginarse la desazón de aquellos personajes. Porque es obvio y comprensible que un gobernador recaudara tributos y que los demás dignatarios hicieran otro tanto. El poder genera dinero; siempre fue así desde que existe el mundo. Pero he aquí que aparecía una anomalía: un gobernador que entregaba el tributo para la construcción de escuelas. Y el ejemplo que viene desde arriba es una orden para los subordinados, lo que significaba que ¡todos los gerifaltes debían desprenderse de lo que recaudaban, donándolo para la construcción de escuelas! Y ahora dejemos volar por un momento nuestra imaginación y admitamos la infame posibilidad de que en otra provincia aparezca otro Germame haciendo lo mismo. En seguida tendremos una rebelión de mandamases locales protestando de aquellos métodos y, a continuación, llegaría el fin del Imperio. Una bella perspectiva: primero unos cuantos céntimos y, al final, la caída de la monarquía. ¡No, señor! Todos en palacio dijeron: «¡Eso sí que no!» Y sucedió una cosa extraña, Mister

Richard, Su Venerable Majestad no dijo nada. Lo escuchó todo y no dijo nada. Guardó silencio, lo cual significaba que le daba otra oportunidad. Pero Germame ya no sabía volver al camino de la obediencia. Transcurrido algún tiempo, los nobles de Sidamo aparecieron de nuevo. Llegaron con la información de que Germame había ido demasiado lejos: había empezado a repartir tierras sin cultivar entre los campesinos que no tenían absolutamente nada, violando así la ley de la propiedad. Germame resultaba ser un comunista. Un asunto sumamente grave, señor mío. Hoy repartía tierras de nadie, mañana arrebataría las suyas a los terratenientes; empezaría por las fincas pequeñas y ¡terminaría distribuyendo el patrimonio imperial! Esta vez el Bondadoso Señor no podía guardar silencio por más tiempo. Germame fue llamado a la capital para la hora de los nombramientos y enviado como gobernador a Djidjiga, donde no podría hacer reparto de tierras porque aquella región está habitada sólo por nómadas. En el curso de la ceremonia Germame osó cometer un desacato que debería haber despertado en Su Augusta Majestad la máxima alerta: tras oír su nombramiento no besó la mano del Monarca. Por desgracia...

A continuación A. W. afirma que fue precisamente a partir de entonces cuando Germame organizó el complot. Odiaba a aquel hombre pero lo admiraba. Había algo en él que atraía a los demás. Una fe ardiente, el don de convencer, el valor, la resolución, la inteligencia. Gracias a estos rasgos, su personalidad destacaba sobre el fondo gris de la masa servil y temerosa de conformistas y aduladores que llenaban palacio. La primera persona a quien Germame se ganó para llevar a cabo su plan fue su hermano mayor, el general Mengistu Neway, coman-

F. U-H. me dice a continuación que en el armario de Makonen, en el archivo privado de aquel fanático coleccionista de denuncias, de repente empezó a cobrar volumen la carpeta que llevaba el nombre de Germame Neway. Es curiosa la vida de las carpetas, añade. Las hay que durante años enteros vegetan sobre un estante, delgadas y descoloridas como hojas secas; cerradas, cubiertas de polvo, esperando en el olvido el día en que, intocadas, finalmente se romperán y se echarán al fuego. Estas son las carpetas de los hombres leales, las de los que han llevado una vida ejemplar y de entrega al Emperador. Abrámosla una por el apartado «Actos cometidos»: nada, negativo. Abrámosla por el de «Manifestaciones verbales»: ni un miserable papel. Bueno, sí hay uno, pero en él el ministro de la Pluma ha escrito por orden del Venerable Señor: fatina bere, que quiere decir «garabato», «ensayo de la pluma». Eso significa que el Emperador ha considerado la anotación como un intento de hacerse profesional por parte de algún joven empleado de Makonen que todavía no ha aprendido cuándo y a quién se puede denunciar. O sea, sí hay un papel pero sin validez, como un pagaré tachado. También ocurre que una carpeta, amarillenta y delgada durante años, revive en un momento dado, resucita, empieza a ganar peso, engorda. Una carpeta así empieza a oler mal. Se trata de ese conocido olor que emana del lugar donde se ha cometido una deslealtad. Makonen tiene una nariz muy sensible a este aroma. Empieza a seguir la pista, investiga, dobla la vigilancia. A menudo la vida de la carpeta que se ha movido y que ha aumentado de peso termina de una manera igual de violenta que la de su protagonista. Desaparecen ambos: él, de este mundo; la carpeta, del armario de Makonen.

En este asunto existe como una especie de proporción inversa de tamaños. El que en el curso de su lucha contra pala-

cio se agota, adelgaza y consume tendrá una carpeta cada vez más abultada. Por el contrario, el que hunde firmemente sus cimientos en la fidelidad a Su Majestad y con dignidad engrosa su cúmulo de favores no pasará de tener un expediente tan fino como la membrana de una vejiga. Como ya he mencionado, Makonen se dio cuenta de que la carpeta de Germame Neway había empezado de repente a hincharse. Germame procedía de una familia noble y adicta a la corona, y cuando terminó el colegio, el Bondadoso Señor lo envió con una beca a los Estados Unidos. Allí acabó una carrera universitaria y regresó al país a la edad de treinta años. Viviría aún otros seis.

A. W.:

¡Germame! Germame, Mister Richard, pertenecía a ese grupo de gentes subversivas que al volver al Imperio se echaban las manos a la cabeza. Pero lo hacían en secreto, mientras que de cara al exterior se mostraban leales y decían lo que en palacio se esperaba que dijeran. Y Su Augusta Majestad —¡oh, cuánto se lo reprocho ahora!— se dejaba llevar por aquello. Cuando Germame se presentó ante él, el Gran Señor lo miró con buenos ojos y lo nombró gobernador de una región de la sureña provincia de Sidamo. Allí la tierra es fértil y el café abundante. Al enterarse de este nombramiento, todos dijeron en palacio que nuestro Todopoderoso Soberano le había abierto al joven el camino a los más altos honores. Una vez recibida la bendición imperial, Germame partió a su destino y al principio no se volvió a oír hablar de él. Ahora no le quedaba más que esperar pacientemente —y la paciencia era una virtud que se preciaba mucho en palacio— a que el Bondadoso Señor le llamara ante sí y lo ascendiera un grado más. Pero

dante en jefe de la guardia imperial, un oficial de temperamento intrépido y un hombre de extraordinaria belleza. Más tarde los dos hermanos se ganaron al jefe de la policía imperial, el general Tsigiue Dibou y poco después al jefe de la seguridad de palacio, el coronel Workneh Gebayehu, y a otras personalidades del círculo más próximo al Emperador. Actuando en la más estricta clandestinidad, los conspiradores crearon un consejo revolucionario, que en el momento del golpe contaba con veinticuatro personas. En su mayoría eran oficiales de la guardia imperial de élite y del servicio de inteligencia de palacio. Mengistu, que contaba cuarenta y cuatro años, era el hombre de más edad en aquel grupo, pero Germame, más joven que él, mantuvo su condición de jefe hasta el final.

A. W. sostiene que Makonen empezó a sospechar algo y que informó al Emperador. Haile Selassie convocó entonces al coronel Workneh y le preguntó qué había de verdad en todo aquello, a lo que éste contestó que nada en absoluto. Workneh pertenecía al grupo de los allegados al Emperador, quien lo había sacado de los bajos fondos de la sociedad para introducirlo directamente en los salones de palacio, y tenía depositada en él una confianza sin límites; tal vez fuera la única persona a la que realmente creía, aunque sólo fuese por un cierto confort mental: el sospechar de todo el mundo es agotador; hay que confiar en alguien para poder descansar. El Emperador no dio fe a los informes de Makonen también porque en aquella época sospechaba de compló no por parte de los hermanos Neway sino por la del dignatario Endelkachew, que había mostrado síntomas de una cierta debilidad liberal, de una cierta flojedad en el ejercicio de su cargo, desgana generalizada y algo así como una sensación de desaliento. Manteniéndose firme en esta sospecha incluyó a Endelkachew entre los de su séquito para no perderlo de vista durante la visita al Brasil.

Los detalles de lo que ocurrió a continuación se encuentran en las declaraciones que el general Mengistu prestara más tarde ante el consejo de guerra. Tras la partida del Emperador, aquél distribuyó armas entre los oficiales de su guardia y les mandó esperar órdenes posteriores. Era un martes, trece de diciembre. Aquel día por la noche, en la residencia de la emperatriz Menen se reunió en una cena la familia de Haile Selassie así como un grupo de dignatarios del más alto rango. En cuanto se sentaron a la mesa, llegó un enviado de Mengistu con la noticia de que el Emperador se había encontrado repentinamente indispuerto en el avión, que estaba muriéndose y que se pedía a todos que se reunieran en palacio para analizar la situación. Nada más llegar al lugar de la cita fueron detenidos. Al mismo tiempo, oficiales de la guardia llevaban a cabo otras detenciones en los domicilios de diferentes dignatarios. Pero, como suele suceder en situaciones de tanta tensión, se olvidaron de muchos. Algunos consiguieron abandonar la ciudad u ocultarse en casas de amigos. Por añadidura, los golpistas cortaron demasiado tarde las líneas telefónicas, y la gente del Emperador empezó a comunicarse y a organizarse. Ante todo aquella misma noche informaron del golpe al Emperador por medio de la Embajada Británica. Haile Selassie interrumpió la visita y emprendió el camino de vuelta, aunque sin darse demasiada prisa, a la espera de que la revolución fracasara por sí sola. Al día siguiente, al mediodía, el hijo mayor del Emperador y heredero del trono, Asfa Wossen, leyó por la radio una proclama en nombre de los sublevados. Asfa Wossen era un hombre débil, sumiso, sin ideas propias. Existía entre él y su padre una cierta animosidad mutua; se rumoreaba que el Emperador tenía serias dudas de que realmente fuera hijo suyo. Algo no le encajaba entre las fechas de sus viajes y la del feliz día en que la emperatriz fue bendecida

con su primer descendiente. Más tarde el joven señor, de cuarenta y seis años, se justificó ante el severo padre diciendo que los rebeldes lo habían obligado a leer la proclama apuntándole en la sien con una pistola. «En los últimos años -Asfa Wossen leía lo que había escrito Germame- un estancamiento general se ha apoderado de Etiopía. Una atmósfera de descontento y decepción ha ido en aumento entre los campesinos, los comerciantes y los funcionarios, entre el ejército y la policía, entre la juventud que estudia, entre la sociedad entera... No se ve el progreso en ningún campo. Las causas de esta situación estriban en que un puñado de dignatarios se ha encerrado en un círculo de egoísmo y nepotismo en vez de trabajar por el bien de todos. El pueblo de Etiopía ha estado esperando el día en que la miseria y el atraso quedarían desterrados, pero nada se ha realizado de entre el inmenso cúmulo de promesas. Ningún otro pueblo ha demostrado tanta paciencia...» Asfa Wossen anunció que se había constituido un gobierno popular encabezado por él mismo. Sin embargo, en aquellos tiempos eran pocos los que disponían de radio, y las palabras de la proclama quedaron ahogadas por el silencio. La ciudad permanecía tranquila. El comercio prosperaba, en las calles reinaban el bullicio y desorden habituales. La mayoría de la gente no había oído hablar de nada, otros no sabían qué pensar de todo aquello. Para ellos se trataba de un asunto de palacio y éste siempre había permanecido inaccesible, inalcanzable, impenetrable, incomprendible y como situado en otro planeta. Aquel mismo día Haile Selassie voló hasta Monrovia, desde donde se comunicó por radio con su yerno, el general Abiye Abebe, gobernador de Eritrea. A aquellas horas el yerno ya había entablado conversaciones con el grupo de generales que preparaba el ataque a los golpistas desde las bases militares situadas en las afueras de la ciudad. El grupo en cuestión estaba encabezado por los ge-

nerales Merid Mengesha, Assefa Ayena y Kebede Gebre, todos ellos emparentados con el Emperador. Aclara A.W. que el golpe había sido protagonizado por la guardia y que entre ésta y el ejército existía un fuerte antagonismo. La guardia era culta y estaba bien pagada mientras que el ejército era ignorante y pobre. En aquella ocasión los generales aprovecharon dicho antagonismo para lanzar al ejército contra la guardia. Decían a los soldados: la guardia quiere el poder para explotarnos. Aunque cínico, lo que decían convenció al ejército. Los soldados gritaban: ¡Queremos morir por el Emperador! Un gran fervor se había apoderado de los destacamentos que no tardarían en enfrentarse con la muerte.

Llega el jueves, tercer día del golpe, los regimientos al mando de generales leales ocupan los suburbios de la capital. Hay vacilaciones en el campamento rebelde. Mengistu no da la orden de defenderse; quiere evitar un baño de sangre. La ciudad todavía está tranquila, el tráfico se desarrolla con normalidad. Un avión la sobrevuela lanzando octavillas con el texto del anatema con que ha fulminado a los golpistas el patriarca Basilio, jefe de la iglesia y amigo del Emperador. Mientras tanto este último se ha trasladado en avión desde Monrovia (Liberia) a Fort Lamy (Chad). Allí recibe un mensaje de su yerno informándole de que puede llegar hasta Asmara, donde reina la calma y todo el mundo espera sumiso. Pero en su DC-6 se estropea un motor. El Emperador decide que volarán con sólo tres. Al mediodía Mengistu llega a la universidad y se reúne con los estudiantes. Les enseña un mendrugo de pan. «Esto -dice- es lo que les hemos dado de comer hoy a los dignatarios para que se enteren de qué se alimenta nuestro pueblo. Tenéis que ayudarnos.» En la ciudad se oyen disparos. La batalla por Addis Abeba comienza. Centenares de personas mueren en las calles.

El viernes, dieciséis de diciembre, es el último día de la sublevación. Desde primeras horas de la mañana destacamentos del ejército luchan con la guardia. Por la tarde empieza el asedio a palacio, donde se ha atrincherado el consejo revolucionario. El asalto lo da un batallón de tanques al mando de otro yerno del Emperador, el capitán Deredji Haile Mariama. «¡Rendíos, perros!», grita desde la torreta de un tanque. Cae atravesado por una ráfaga de ametralladora. En el interior de palacio estallan los obuses de la artillería. Pasillos y habitaciones se llenan de estruendo, humo y llamas. Resulta imposible seguir defendiéndose. Los rebeldes irrumpen en el salón verde, donde desde el martes se encuentran detenidos los dignatarios de la corte imperial. Abren fuego sobre ellos. Mueren los dieciocho hombres más próximos al Emperador. Los promotores del complot abandonan ahora el palacio y la ciudad, dirigiéndose hacia los bosques de eucaliptos que cubren los altos de Entoto. La noche se acerca. El avión con el Emperador a bordo aterriza en Asmara.

A. W.:

Oh sí, Mister Richard, aquel día del juicio nuestro pueblo leal y vasallo dio al Venerable Señor una muy grata prueba de su devoción. Porque cuando aquellos infieles, vencidos sin remedio, abandonaron palacio y huyeron en desbandada hacia los bosques cercanos, el vulgo, enardecido por Nuestro Patriarca, se lanzó en su persecución. Nada de tanques ni de cañones, amigo mío, todos asían lo que tenían más a mano y se unían a los perseguidores. Palos, piedras, cuchillos y lanzas: todo entró en acción. La gente de la calle, a la que el Dativo Señor colmaba de limosnas tan generosas, se entregó con verdadero afán y odio a la tarea de romper las cabezas desqui-

ciadas de aquellos calumniadores rebeldes que querían arrebatarse su Dios y ofrecerle no se sabe qué vida. Porque si Nuestro Señor llegara a faltar ¿quién le repartiría los óbolos y quién la cohortaría con palabras de consuelo?

Así que, siguiendo el rastro de sangre de los fugitivos, la ciudad arrastró tras de sí al campo, y podía verse cómo los lugareños, apoderándose de lo que tenían a su alcance, aquél un palo, éste un cuchillo, y, maldiciendo a los infames, también se lanzaban a la lucha, porque querían lavar la afrenta de la que era víctima el Magnánimo Señor. Rodeadas, las hordas de la guardia se defendieron en los bosques hasta que se les acabaron las municiones, pero luego parte de ellas se rindió y parte murió a manos de los soldados o del pueblo llano. Tres o, tal vez, cinco mil de aquella gente dio con sus huesos en la cárcel y otros tantos cayeron allí mismo para gran júbilo de hienas y chacales, que acudían a aquellos bosques aun de lugares muy remotos para saciar su hambre de carroña. Incluso mucho tiempo después en aquellos parajes resonaba aún durante noches enteras el aullido y la risa de las alimañas. Y los que ultrajaron la dignidad de su Extraordinaria Majestad, amigo mío, fueron derechos al infierno. El general Dibou, por ejemplo: éste cayó ya durante el asalto a palacio, y su cuerpo fue colgado por el vulgo en la puerta de entrada a la Primera División. Ocurrió que el coronel Workneh, habiendo podido abandonar palacio, consiguió alcanzar las afueras de la ciudad, pero allí lo rodearon; querían apoderarse vivo de él. Pero él, Mister Richard, no se dejó coger. Disparó hasta el final. Todavía mató a unos cuantos soldados, y cuando le quedó una sola bala, la última, se metió el cañón de la pistola en la boca, apretó el gatillo y cayó muerto. Su cuerpo lo colgaron de un árbol, frente a la catedral de San Jorge. No deja de ser extraño, pero Nuestro Señor nunca acabó de dar crédito a la

traición de Workneh. Transcurrido algún tiempo se rumoreaba que llamaba a su dormitorio a los que estaban de servicio y les ordenaba traerle al coronel.

Su Majestad llegó a Addis Abeda desde Asmara el sábado por la noche, cuando todavía había tiroteos por la ciudad y en las plazas se ejecutaba a los traidores. Sobre su imperial rostro pudimos contemplar la pena, el cansancio y la tristeza causados por el daño que le habían hecho. Iba en su automóvil, flanqueado por una columna de tanques y carros blindados. La ciudad entera salió a la calle para rendirle un homenaje humilde y suplicante. Y toda ella se puso de rodillas y postró sus cuerpos, y yo, también prosternado entre la multitud, pude oír sus gemidos y gritos de horror, sus suspiros y exclamaciones. Nadie se atrevía a mirar a la cara del Venerable Señor, y ante la puerta principal de palacio el príncipe Kassa, aunque inocente, pues había peleado y tenía sus manos limpias, besó las botas del Emperador. Aquella misma noche Nuestro Todopoderoso Soberano mandó matar de un tiro a sus queridos leones, que, en lugar de defender la entrada a palacio, habían dejado que se introdujeran en él los traidores.

Y ahora preguntará por Germame. Ese espíritu maligno, junto con su hermano y un tal capitán Baye de la guardia imperial, huyó de la ciudad y consiguió permanecer oculto una semana. Los tres podían moverse sólo durante la noche porque inmediatamente se fijó una recompensa de cinco mil dólares por sus cabezas, con lo cual todo el mundo se lanzó en su busca, pues se trataba de muchísimo dinero. Intentaron alcanzar el sur; seguramente querían llegar a Kenia. Pero al cabo de una semana, cuando se ocultaban entre unos arbustos, sin haber probado bocado en varios días y muertos de sed —puesto que no se atrevían a hacerse presentes en ningún poblado en busca de agua y comida— fueron rodeados por unos campesi-

nos, que los acorralaron como a alimañas a las que se quiere dar caza. Y fue entonces, según declararía Mengistu, cuando Germame decidió acabar con todo. Según la misma declaración, había comprendido que se había adelantado a la historia, que había ido demasiado de prisa en relación con otros y que si alguien, con las armas en la mano, aventaja a ésta por un paso, debe morir. Por eso seguramente prefirió decidir la propia muerte y la de todos ellos. Así que, cuando ya los campesinos estaban a punto de atraparlos, Germame disparó primero sobre Baye, luego, sobre su hermano y finalmente él mismo se pegó un tiro. Los campesinos pensaron que la recompensa se les había ido de las manos, pues se daba por entregarlos vivos, y mira por dónde, amigo mío, de pronto no veían sino tres cadáveres. Sin embargo, sólo Germame y Baye estaban muertos. Mengistu, un bulto inerte, cuya cara aparecía bañada en sangre, aún respiraba. De prisa y corriendo los llevaron a la capital y trasladaron a Mengistu a un hospital. Se informó de lo sucedido a Su Majestad, quien, tras escuchar todo, dijo que quería ver el cuerpo de Germame. Satisfaciendo este deseo, se trajo el cadáver a palacio dejándolo abandonado en la escalinata que conducía a la entrada principal. Entonces el Bondadoso Señor salió de palacio y durante un buen rato permaneció inmóvil contemplando aquel cuerpo exánime. Mientras lo miraba guardó silencio; la gente que se encontraba junto a él no le oyó pronunciar palabra. Luego se estremeció y volvió sus pasos hacia el interior no sin antes ordenar a los lacayos que cerraran la puerta principal. Más tarde vi el cuerpo de Germame colgado de un árbol, frente a la catedral de San Jorge. Se había congregado allí una multitud de gente que, escarneciendo a los traidores, aplaudía y profería groseros gritos. Pero todavía quedaba Mengistu. Este, tras salir del hospital, compareció ante un consejo de guerra. Durante el juicio se

comportó lleno de soberbia y, contrariamente a las costumbres de palacio, no mostró humildad alguna ni tampoco manifestó ningún deseo de conseguir con súplicas el perdón del Egregio Señor. Dijo que no temía a la muerte porque desde el momento en que había decidido enfrentarse a la injusticia y participar en el complot sabía que se exponía a morir. Añadió que había querido hacer una revolución y también que él no la vería pero que entregaba su sangre para que de ella naciera el árbol frondoso de la justicia. Lo ahorcaron el treinta de marzo, al amanecer, en la plaza del mercado. Junto con él ahorcaron a otros seis oficiales de la guardia. Estaba irreconocible. El disparo de su hermano le había arrancado un ojo y desfigurado toda la cara, que ahora se veía cubierta por una barba negra y descuidada. El ojo restante, bajo la presión de la soga, colgaba fuera de la órbita.

Cuentan que durante los primeros días de la vuelta del Emperador el palacio fue escenario de una agitación extraordinaria. Los limpiadores fregaban los suelos rascando de los parkés las manchas de sangre que habían penetrado en la madera, los lacayos descolgaban las cortinas chamuscadas y hechas jirones, montones de muebles rotos y baúles llenos de casquillos de bala llenaban camiones por entero, los vidrieros colocaban cristales y espejos nuevos, los albañiles enyesaban las paredes dañadas por los impactos de las balas. Poco a poco iba desapareciendo la peste a quemado y el olor a pólvora. Durante mucho tiempo se celebraron los entierros de aquellos que habían abandonado este mundo manteniéndose leales hasta el final; mientras tanto, los cuerpos de los sublevados fueron enterrándose de noche y en lugares ocultos y desconocidos. Las más numerosas fueron las víctimas casuales: en las luchas callejeras

murieron cientos de niños que habían acudido a verlas, de mujeres que iban al mercado, de hombres que se dirigían al trabajo o que, sencillamente, se calentaban al sol. Ahora los tiroteos habían cesado; el ejército patrullaba las calles de una ciudad que, con retraso y ya post factum, empezaba a vivir el shock y los momentos de horror. Siguen contando y explican que llegaron entonces las semanas con el terror de las detenciones, de los registros agotadores, de los interrogatorios brutales. La inseguridad y el miedo lo dominaban todo; la gente se hablaba al oído, corrían rumores de boca en boca y se recordaban los detalles del golpe, añadiendo cada uno de su cosecha lo que podía, en la medida de su fantasía y valor, y, además, añadiéndolo a escondidas, pues toda discusión acerca de lo sucedido estaba oficialmente condenada, y la policía —con la que nunca deben gastarse bromas, incluso cuando ella misma anima a hacerlo, cosa que, por lo demás, tampoco fue el caso— al querer verse libre de toda sospecha de participación en la conjura, se volvió más peligrosa y eficaz que nunca. Además, no faltaron voluntarios que abastecieran las comisarias de clientes temblorosos de miedo.

Todo el mundo estaba a la expectativa de qué haría el Emperador y de cómo sería su mensaje, aparte del que había transmitido a su vuelta a la capital, asustada y marcada por la traición, mensaje en el que había expresado su dolor y su pena por aquel puñado de ovejas descarriadas que, por abandonar el rebaño, había perdido el camino en medio de un desierto pedregoso portador de un estigma de sangre.

G. O-E.:

Si mirar a los ojos del Emperador siempre había sido muestra de osadía merecedora del mayor castigo así como un comportamiento contrario a toda tradición, entonces, después de lo que había ocurrido, ni al más audaz de palacio se le habría ocurrido aventurarse a tamaño arrojito. Todo el mundo se sentía avergonzado por haber permitido que se fraguara el complot y tenía miedo de la justa ira de Su Majestad. Y esa entre avergonzada y medrosa imposibilidad de mirarse el uno al otro se apoderó de todos, porque al principio nadie sabía cuál era su situación; es decir, a quién reconocería en lo sucesivo el Emperador y a quién rechazaría, la lealtad de quién iba a dar por probada y a quién iba a repudiar por desleal, a quién prestaría su oído benévolo y a quién privaría de distinguirlo con su trato personal, y por eso todos y cada uno, inseguros y desconfiando de los demás, preferían no mirar a los ojos de nadie, así que el palacio entero se llenó de ojos que no miraban, de miradas que no veían, que se clavaban en el suelo, que erraban por los techos, que contemplaban la punta de los zapatos o se escapaban por las ventanas. Si en aquellos momentos yo me hubiese dispuesto a observar a alguien, en seguida habría despertado en él un pensamiento receloso e interrogante: ¿por qué me mira con tanta atención?, ¿por qué sospecha de mí?, ¿de qué me quiere acusar?, y para adelantarse a mi supuesto empeño por mostrar mi lealtad, el hombre a quien yo contemplara sin la menor intención, por pura curiosidad o simple distracción, no creería en ninguna de estas cosas; antes bien, oliéndose una acusación, respondería a mi afán con el suyo, pero multiplicado por dos, y correría a sacudirse hasta la última mota de polvo, pero ¿cómo podía entonces hacerlo uno sino ensuciando a aquel de quien se sospechaba

que quería ensuciarnos a nosotros? Sí, el simple acto de mirar era una provocación, un chantaje; todo el mundo tenía miedo a levantar la vista y descubrir un ojo chispeante y asesino en algún lugar del espacio, en un rincón, detrás de una cortina o asomando por una rendija. Además, como el trueno en la audista nube, en el denso aire de palacio quedaba suspendida latiendo la pregunta de ¿quién fue el culpable, quién había conspirado? Todos estaban en realidad acusados, y, además, con razón, habida cuenta de que los tres hombres más próximos a Nuestro Señor, aquéllos en los que más confiaba, aquéllos a los que consideraba como a sus propios hijos y de los que se había sentido tan orgulloso, le habían puesto una pistola en la sien. Al fin y al cabo, Mengistu, Workneh y Dibou habían pertenecido a ese puñado selecto de elegidos que en cualquier momento podía acercarse al Venerable Señor y que incluso disfrutaba —en caso de necesidad— del derecho a entrar en su dormitorio e interrumpir su sueño. Intenta imaginarte ahora, amigo mío, con qué sensación se acostaría en su lecho Su Bondadosa Majestad a partir de entonces, sin saber nunca si se despertaría a la mañana siguiente. ¡Ay, qué carga tan ingrata, qué disgustos y contrariedades conlleva el ejercicio del poder!

Y ¿cómo salvarse uno de toda sospecha? No existía tal salvación. Cualquier comportamiento, cualquier modo de actuar no hacía sino robustecerla, hundiéndonos cada vez más. ¡Ay de nosotros si nos dispusiéramos a dar explicaciones! En seguida surgirá la pregunta: «¿Por qué ese empeño en dar tantas explicaciones, hijo mío? Se diría que tienes sobre tu conciencia algo que quisieras ocultar. Por eso te justificas tanto.» O, decididos a mostrarnos dispuestos y diligentes en prueba de buena voluntad, no tardaríamos en oír el comentario: «¿Por qué ese afán en demostrarnos algo? Se ve que quiere ocultar su vileza y sus malas intenciones mientras sólo piensa en cómo agaza-

parse.» Peor, una y mil veces. Y —como digo— sospechosos éramos todos, todos estábamos acusados por más que el Magnánimo Señor nunca lo dijera abiertamente ni en voz alta, pero el recelo se adivinaba en sus ojos, en cómo miraba a sus súbditos, de manera tal que cada uno de nosotros se encogía, se postraba en tierra y pensaba despavorido: «Es una acusación.» El aire se volvió pesado y denso, la presión, baja, desalentadora y enervante; cayeron las alas de antaño, algo se rompió, se resquebrajó en nuestro interior. Nuestro Perspicaz Señor sabía que, tras semejante sacudida, parte de la gente empezaría a desmoronarse, caería en un sombrío y agrio marasmo, perdería ímpetus, sucumbiría en medio de dudas y de preguntas, de desconfianza y desasosiego, sintiéndose desfallecer y desintegrarse, y por eso dispuso en palacio la iniciación de un largo proceso de purgas. No se trataba de una purga inmediata y total, puesto que el Emperador era contrario a toda violencia despiadada y ruidosa, sino más bien de una sustitución dosificada y calculada, que mantenía en vilo y en estado de miedo permanente a los cortesanos de siempre, al tiempo que abría el palacio a gente nueva, que no eran más que hombres que querían vivir bien y hacer carrera. Llegaban allí procedentes de todo el país, recomendados por los gobernadores de confianza del Emperador. Desconocidos en su mayoría de la aristocracia capitalina y despreciados por ella a causa de su condición humilde, su falta de buenos modales y su escasa capacidad intelectual, sentían miedo y desconfianza hacia los salones de la corte. Por eso no tardaron en constituirse en nueva camarilla, muy apegada a la persona del Más Extraordinario Señor. La gracia llena de bondad del Venerable Soberano les hacía sentirse todopoderosos, sensación embriagadora y a la vez arriesgada para todo aquel que pretendiera enturbiar el sereno ambiente crepuscular de un salón aristocrático o que

irritara con su prolongada presencia o su machaconería a la compañía selecta que allí se reunía. Oh sí, se necesitaba una gran sabiduría y mucho tacto para subyugar un salón. Sabiduría o ametralladoras, cosa que puedes comprobar con tus propios ojos hoy mismo, querido amigo, con sólo echar un vistazo a nuestra torturada ciudad. Poco a poco, precisamente aquella «gente personal», los elegidos del Emperador, empezó a cubrir los puestos clave de palacio, a llenar sus ministerios, y además, sin prestar atención a los gruñidos de descontento de los miembros del Consejo de la Corona, quienes consideraban a los nuevos favoritos como gentes de tercera categoría, de un nivel y unas condiciones muy alejados de los que debiera cumplir todo afortunado que hubiese sido llamado a servir al Rey de Reyes. Aquel refunfuñar, empero, no era sino una demostración de ingenuidad, realmente indecorosa, por parte de los miembros del mencionado Consejo, que atribuían debilidad a lo que Nuestro Señor consideraba fuerza y que eran incapaces de comprender el principio según el cual el poder se fortalece recortando por arriba, al mismo tiempo que olvidaban el humo y el fuego que apenas ayer habían atizado aquellos que, llevando mucho tiempo en la cumbre, habían acabado por debilitarse. La gente nueva se caracterizaba también por otro rasgo útil e importante: no tenía pasado, nunca había participado en ningún compló ni sus pezuñas estaban gastadas de tanto patear, no tenía nada vergonzoso que ocultar debajo de la capa; ¡vaya!, ni tan siquiera conocían la existencia de conspiración alguna, porque, al fin y al cabo, ¿cómo podían saber nada si su Noble Majestad había prohibido escribir la historia de Etiopía? Demasiado jóvenes, educados en provincias muy alejadas, ignoraban que el propio Emperador había llegado al poder gracias a un compló. Que en mil novecientos dieciséis, ayudado por embajadas occidentales, había dado un

golpe de estado y desplazado al legítimo heredero del trono, Lydj Iyasu. Que ante la inminencia de la invasión italiana había jurado públicamente derramar su sangre por Etiopía y que, cuando aquélla se produjo, se embarcó para Inglaterra y allí pasó la guerra en la tranquila ciudad de Bath. Más tarde nació en él tal complejo frente a los jefes de la guerrilla que sí se habían quedado en el país para luchar contra los italianos, que, al regresar y ocupar de nuevo el trono, los fue liquidando o apartando uno a uno al mismo tiempo que otorgaba su favor a los colaboracionistas. Y que por ese camino había eliminado, entre otros, al gran caudillo Betwoded Negash, el cual en los años cincuenta se opuso al Emperador y quiso proclamar la república.

Muchos acontecimientos me vienen ahora a la memoria, pero entonces en palacio estaba prohibido hablar de ellos, y la gente nueva —tal y como ya he dicho— no podía conocerlos ni, a decir verdad, tampoco se mostró excesivamente curiosa. Por otra parte, como carecía de vinculaciones antiguas, su única razón de ser consistía en sentirse ligada al trono. Su único apoyo: la persona del Emperador. De este modo, el Más Extraordinario Señor había creado una fuerza que, a lo largo de los últimos años de su reinado, sostuvo el sillón imperial, minado por Germame.

Z. S-K.:

... y como estábamos en plena época de purgas, cada día, en cuanto se acercaba la hora de los nombramientos —y por lo tanto de las degradaciones—, a nosotros, los viejos funcionarios de palacio, nos invadía el temor por nuestras mesas. Cada uno de nosotros se sentaba detrás de la suya temblando por su destino, capaz de hacer cualquier cosa con tal de que no le quitaran a uno este mueble de debajo de los codos. Durante el proceso de Mengistu un temor generalizado se aposentó en

aquellas mesas, temor a que el general aportase pruebas de que todos habían tomado parte en el complot, pues tal participación, incluso la más remota, incluso el aplauso más débil y secreto, acababa en la horca. Así que cuando Mengistu, sin haber señalado a nadie, selló sus labios sólo para volverlos a abrir el día del Juicio Final, las dichosas mesas exhalaban un alado suspiro de alivio. Sin embargo, el temor a la horca no tardó nada en ser sustituido por otro: el temor a la purga, a la aniquilación total de la personalidad. Ahora el Generoso Señor ya no arrojaba a las mazmorras sino que, simplemente, apartaba de palacio enviando a casa, y ese enviar a casa equivalía a una condena a ser nadie. Hasta entonces uno había sido hombre de palacio y, por lo tanto, alguien importante, destacado, mencionado, decisivo, influyente, respetado y escuchado, y todo esto daba sentido a su existencia, a su presencia en el mundo, a su vida, a su utilidad y valer. Y he aquí que Nuestro Señor te llama a la hora de los nombramientos y te envía a casa para siempre. En tan sólo un segundo todo se desvanece, dejas de existir. Nadie volverá a mencionarte, a destacarte, a respetarte. Repetirás las mismas palabras que pronunciaras ayer, pero ayer las habían escuchado con devoción y hoy no les prestarán atención alguna. En la calle, la gente pasará indiferente a tu lado y el funcionario de provincia del más bajo rango podrá echarte una bronca. El Emperador te ha convertido en un niño débil e indefenso y te ha dejado abandonado a una manada de chacales. Ahora ¡demuestra de lo que eres capaz! Y además —Dios no lo quiera— es posible que empiecen a hurgar, a olfatear, a rascar. A veces incluso pienso que tal vez sea mejor que rasquen. Porque si se ponen a hacerlo, cabe la posibilidad de volver a existir, aunque sea de manera negativa y condenatoria, pero existir al fin y al cabo, dejar de hundirse, sacar la cabeza a la superficie para que di-

gan: ¡mirad, a pesar de todo éste aún existe! En caso contrario ¿qué es lo que quedará? El desamparo, la nada, la duda de si realmente se ha vivido. Por este motivo existía en palacio tal miedo al abismo que todo el mundo intentaba mantenerse cerca de Su Majestad sin saber todavía que la corte entera —eso sí, despacio y con dignidad— se deslizaba de forma imparable hacia el borde del precipicio.

P. M.:

... lo cierto es, amigo mío, que desde el momento en que empezó a salir humo del palacio, todo adquirió unos valores negativos. Me resulta difícil definir este fenómeno pero lo cierto era que se percibía por todas partes. Se veía en cualquier lado: en las caras de las personas, caras en cierto modo disminuidas y abandonadas, carentes de brillo y de energía; lo que la gente hacía y cómo lo hacía también iba precedido como por un signo negativo, en lo que decía sin decir, en su aire ausente, encogido, absorto, en su apagamiento, en lo chato y desmedrado de sus ideas, en su alicorto quehacer cotidiano, en su dejadez y aturdimiento, en la atmósfera envolvente, en toda aquella inmovilidad, pese al movimiento continuo de noria gira que gira, en el ambiente, en aquel andar a pequeños pasitos y no avanzar; en todo aquello se percibía ese negativismo. Y por mucho que el Emperador siguiese promulgando decretos y esforzándose por los diferentes asuntos, por mucho que se levantase temprano y trabajase sin descanso, ya todo daba igual, todo acababa invariablemente bajo cero, cada vez más bajo cero, porque desde el día en que Germame había puesto fin a su vida y su hermano fuera colgado en la plaza principal de la ciudad, las relaciones entre las personas y las cosas empezaron a regirse por aquellas leyes de signo negativo.

Como si las personas no pudieron dominar las cosas, las cuales existían sin existir llevando una vida independiente, maliciosa y escurridiza. Tal era la fuerza mágica de las cosas que todo el mundo se sentía inerme ante su imparable capacidad para aparecer y desaparecer, y nadie sabía cómo quebrantar ni cómo domeñar su autosuficiencia. Y esa sensación de indefensión, de estar en continua pérdida, ese sucumbir ante el más fuerte hacía que cada uno cayese en una depresión cada vez más profunda, en una especie de letargo mortal que lo convertía en un zombi, en un alma en pena, en un cadáver viviente. Se deterioraron incluso las conversaciones, que perdieron vigor y fuerza. Empezaban, pero se diría que quedaban inconclusas. Siempre llegaban a un punto, invisible pero perfectamente perceptible, en el que se hacía silencio, un silencio que encerraba la certeza de que todo era ya sabido y estaba claro, pero claro de una manera oscura, sabido de una manera imposible de conocer, poderoso en su indefensión, y, tras comprobar esas verdades con unos momentos de silencio, la conversación cambiaba de rumbo dirigiéndose hacia otros derroteros, amorfos, triviales e insignificantes. El palacio se hundía, todos lo sentíamos; nosotros, la vieja guardia del Venerable Señor a la que el destino había librado de la purga, sentíamos cómo bajaba la temperatura, y que la vida, aunque cuidadosamente enmarcada por el ritual, era ya una vida de papél; banal, negativa.

Más adelante P. M. dice que aunque el Emperador había decidido ignorar el golpe de diciembre y nunca volviera a mencionar el tema, la intentona de los hermanos Neway causaba daños cada vez más graves en palacio. A medida que el

tiempo transcurría las consecuencias del golpe no sólo no se debilitaban sino que aumentaban sensiblemente, convirtiéndose en la causa principal de los nuevos y numerosos cambios que se produjeron en la vida de la corte y del Imperio. Mortalmente herido, el palacio nunca más volvió a disfrutar de una verdadera paz y tranquilidad. La situación en la ciudad también iba cambiando poco a poco. En los informes secretos de la policía se empezó a mencionar por primera vez la existencia de disturbios. Por suerte —añade P. M.— todavía no se trataba de unos disturbios a gran escala, con todas las de la ley, sino más bien, en un principio, de pequeñas agitaciones, de vacilaciones sin importancia, de rumores de doble sentido, de susurros, de risas ahogadas, de una pesadez algo pronunciada entre la gente, de un esperar con los brazos cruzados lo que traerá el mañana, de cierta confusión y desconcierto y de un intento de evitarlo todo y de negarse a participar en cualquier cosa, latente en todas estas actitudes. Reconoce que, basándose en tales informes, resultaba difícil emprender acciones tendentes a restablecer el orden, pues las denuncias eran demasiado vagas e, incluso, alentadoramente inocentes; sólo decían que algo flotaba en el ambiente pero no definían de manera clara el qué y el dónde, y, al no disponer de una información de este tipo, ¿dónde enviar los tanques o en qué dirección mandar disparar? Por lo general, los informes indicaban que los murmullos de descontento procedían de la universidad —el nuevo y único centro de enseñanza superior del país— en donde, Dios sabe cómo, habían aparecido elementos escépticos y hostiles al régimen, capaces de lanzar infames calumnias carentes de todo fundamento, con el único objeto de causarle problemas al Emperador. Luego añade que el monarca, quien a pesar de su avanzada edad conservaba una mente muy lúcida, cosa que no dejaba de causar sorpresa entre los que lo rodeaban, había

comprendido antes y mejor que ninguno de sus allegados que se acercaban tiempos nuevos y que había llegado la hora de aunar esfuerzos, ponerse al día, darle al acelerador y alcanzar al de delante. Alcanzarle e, incluso, tomarle la delantera. Sí, señor —insiste—, ¡incluso tomarle la delantera! Confiesa —hoy ya se puede hablar de esto— que una parte de palacio se mostró hostil a tales ambiciones, murmurando en privado que en vez de ceder a la tentación que ofrecían todas aquellas novedades y reformas dudosas, habría sido mejor poner fin a las inclinaciones extranjerizantes de la juventud y cortar de raíz la absurda opinión según la cual el país debía ofrecer otro aspecto. No obstante, el Emperador prestaba oídos sordos tanto a los gruñidos aristocráticos como a los murmullos universitarios, pues consideraba que todo extremo era dañino y contrario a la naturaleza, y, poniendo de manifiesto su sano juicio y prudencia innatos, amplió las competencias de su gobierno extendiéndolas a nuevos campos de interés, extremo que demostró introduciendo nuevas horas en el ejercicio de sus funciones como soberano: la hora del desarrollo, la hora internacional y la militar-policíaca, las cuales se celebraban entre las cuatro y las siete de la tarde. Con el mismo objetivo creó ministerios e instituciones ad hoc, delegaciones, filiales, representaciones y comisiones en las que introdujo todo un plantel de gente nueva, bien educada, fiel y adicta. Palacio se llenó de una nueva generación de favoritos que trepaba enérgicamente hacia la cumbre de la carrera política. Transcurrían, recuerda P. M., los primeros años sesenta.